

BOLSILIBROS
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

se

¿a què hora te mataron Marilyn Monroe?

KEITH LUGER



Eso me había dicho aquel pobre borracho. Que Marilyn Monroe estaba viva.

Recordaba que la gran actriz había muerto un día de agosto de 1962. Yo estaba entonces haciendo el servicio militar en Florida.

Era un fin de semana y bailábamos con chicas en un club y la orquesta interrumpió la actuación, y un locutor anunció la muerte de Marilyn Monroe. Y tampoco había olvidado la impresión que produjo la noticia en todos los que nos encontrábamos en aquel club.



Keith Luger

¿A qué hora te mataron, Marilyn Monroe?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1102

ePub r1.1

Titivillus 29-11-2019

Título original: *¿A qué hora te mataron, Marilyn Monroe?*

Keith Luger, 1971

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Joan Foster, la secretaria del Viejo, me dirigió una mirada asesina cuando me vio entrar por la puerta.

Ella estaba sentada ante su máquina y se vestía a la última moda, con *shorts* y botas de cuero.

Le miré ostensiblemente los remos, porque valía la pena dedicarles como treinta segundos y ella dijo:

—¿Qué miras, mujeriego?

—Tus *shorts*. Te sientan muy bien.

—No caeré en tus redes.

—Nena, son las nueve de la mañana y a estas horas no me gusta pescar.

—A ti ya te pescaron. El Viejo, quiero decir el señor Collins, te está esperando desde hace media hora.

—¿Y cómo está?

—Echando chispas.

—¿Por qué? —pregunté, con mi aire más inocente—. ¿El vicepresidente soltó otro discurso contra la Prensa?

—¡No!

—¿El presidente dijo que nos quedaremos una temporada más larga en el Vietnam?

—¡No!

—Ya lo sé. Los inspectores del Fisco cayeron como águilas sobre el Viejo.

—Da la casualidad de que el señor Collins hace su declaración de impuestos legalmente, como se debe hacer. Y no sigas por ese camino. El motivo de que el señor Collins esté de tan malhumor esta mañana eres tú, Alex Kerrigan...

—¿Yo?

—El jefe tiene sobre su mesa una protesta del Departamento de Estado. ¿Cómo se te ocurrió ir con la hija del embajador a un motel del lago Tahoe?

—Es que no encontré otro más cerca.

—Pues esta vez te salió el tiro por la culata. El embajador está

dispuesto a crear un conflicto internacional para proteger a su hija.

—¿De quién?

—De ti, polígamo.

—Oye, Joan, esa chica no necesita que nadie la proteja. Se protege ella sola. ¡Qué uñas!

—Descarado.

—Lo que quiero decir es que, esa chica, sabe más que tú y que yo de todo lo que hay que saber sobre las relaciones de un hombre y una mujer.

—Estoy segura de que sabe mucho más que yo, pero dudo que sepa más que tú. Y estás perdiendo el tiempo. No es a mí a quien tienes que dar las explicaciones... Anda, don Juan, entra ya en la cámara de gas.

Señaló la puerta tras la que se encontraba mi jefe. El era Max Collins, director del *Star*, y yo era su empleado, Alex Kerrigan, de veintiocho años, profesión periodista. Lo de mujeriego era un simple accidente. Si a uno le gustan las mujeres, ¿qué tiene que hacer uno en sus ratos libres? Hay tipos que, en sus ratos de ocio, les da por las drogas o por el alcohol. Y eso es completamente inmoral. Pero ¿qué tienen que decirme ustedes de las mujeres? ¿No son adorables? ¿No son seductoras? ¿No son exquisitas? ¿No son dulces, tiernas, conmovedoras y algunas veces deliciosamente embusteras?

Interrumpí mis pensamientos.

—Oye, Joan, dile al jefe que recibí una llamada cuando me disponía a entrar ahí.

Joan abrió la llave del interfono con mucha rapidez.

—Señor Collins, Alex Kerrigan está aquí...

—¡Haga pasar al mujeriego! —contestó un perro al que le habían mordido la cola.

Joan cerró la llave del interfono y me dijo con su sonrisa más maravillosa:

—Pasa, reo.

Yo también le sonreí. Y acerqué mi cara a la de ella.

—Nena, eres encantadora como ninguna. Lo eres tanto que me dan ganas de darte un mordisquito.

—Dámelo.

—Te arrancaría la oreja.

—Sería un placer ser desorejada por un hombre tan solicitado por las hijas de los embajadores. Iría a las reuniones de la más alta clase social con el pelo descubierto para dar envidia a todas las mujeres.

—Farsante, tú eres la que me has llevado al patíbulo. Y yo sé por qué.

—¿Por qué?

—Porque eres una condenada celosa.

Los hermosos ojos de Joan Foster brillaron iracundos.

—¿Yo celosa?

—Tú, celosa, porque no te he invitado a comer ni a cenar en los últimos ocho meses.

Ella levantó la barbilla y dijo con aire muy digno:

—No comería contigo ni aunque estuviese hambrienta. No bebería champaña de tu copa ni aunque acabase de cruzar el desierto de la Muerte.

—Nena, los que cruzan el desierto de la Muerte, sólo desean un trago de agua.

—Pero, como tú eres tan exquisito, me verías con muy poca ropa y querías aprovecharte. Sí, allí estarías tú, al final del desierto, con tu botella de champaña en un cubo.

—¿Por qué no vas al psiquiatra?

—¿Para qué tengo que ir al psiquiatra?

—Para que le expliques ese sueño, porque estoy seguro de que lo has soñado. Tú estás cruzando el desierto, sudada, llena de polvo, con la blusa y la falda desgarrada. Y de pronto me ves a mí, un joven de veintiocho años, guapo, alto, varonil, con un hoyo en el mentón, que te sonríe con sus blancos y parejos dientes y te dice: «Nena, al rico frío champaña». Pero dile la verdad de tu sueño. Tú me quitas la botella de champaña, la arrojas al aire y dices: «De champaña nada, guapo. Te quiero a ti». Y te lanzas a mis brazos.

—¡Presuntuoso!... ¡Pavo real!... ¡Fanfarrón! Es verdad que sueño contigo alguna vez...

—Ya lo imaginaba.

—Pero, cuando sueño contigo, estoy con una navaja barbera.

—Para afeitarme.

—Que te crees tú eso. Para degollarte.

—¿Y lo consigues?

—Te he cortado la cabeza lo menos cuarenta veces.

Me pasé una mano por el cuello.

—No te has salido con la tuya. Sigo teniendo la cabeza sobre mis hombros.

—Por poco tiempo, porque ahora el Viejo te va a decapitar.

Sonó un chasquido y por el interfono ladró otra vez Max Collins.

—¿Qué infiernos pasa ahí, Joan? ¿Es que el señor Kerrigan tiene algo más importante que hacer que entrar en este despacho?

—No, señor Collins. Es que el señor Kerrigan perdió un poco de tiempo contándome sus penas.

—¡Es a mí a quien tiene que contármelas!

—Adelante, gran hombre —dijo Joan.

Fui yo quien le dirigió la mirada asesina y entré en el despacho del Viejo.

Max Collins tenía cincuenta y cinco años y parecía un alto jefe de un *gang* de Chicago antes de ordenar la muerte de un rival. Paseaba furioso de un lado a otro, y al verme, se detuvo, me señaló con el brazo extendido y dijo:

—Esta vez te pasaste de la raya, Alex.

—Hay una explicación para cada problema.

—No, Alex, hoy no me vas a convencer. Ahí tengo la protesta del embajador, y la carta que me ha enviado el Departamento de Estado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Sosteníamos relaciones amistosas con el país que representa ese embajador. ¿Y qué pasa ahora? Que por tu culpa esas relaciones van a ser menos amistosas, e incluso podrían estropearse muchos planes que nuestro país tiene preparados para esa parte del mundo. ¡Te lo dije! ¡Te lo advertí docenas y docenas de veces! Deberías tener cuidado a quién hincabas el diente.

—Protesto, jefe.

—¡Rechazada la protesta! ¡Saldrás para Europa esta noche!

—¿Eh?

—Tu destino es Noruega.

—¿Noruega?

—Sí.

—¡A mí no se me he perdido nada en Noruega!

—Quiero que hagas unos reportajes sobre los noruegos. ¡Dije los noruegos! ¿Lo entiendes? ¡No he dicho las noruegas!

—Y cuando esté allí, me mandará a Laponia.

—No sería mala idea. La consideraré.

—Jefe, no está hablando en serio... Soy su más brillante periodista de sucesos... ¿Qué va a hacer el *Star* sin mí?

—El *Star* empezó a funcionar hace sesenta años, cuando tú no habías nacido, y seguirá funcionando muchos años después de que tú estés muerto.

—Señor Collins, usted no puede hacerme esto.

Collins se dirigió hacia la mesa y cogió un papel.

—Aquí está la carta del Departamento de Estado. Me sugieren, me insinúan, que el señor Alex Kerrigan, periodista de profesión, debería ser enviado al extranjero.

—Muy bien, jefe. Mándeme a París. También es el extranjero.

—En París ya tenemos un corresponsal.

—¿Londres?

—También lo tenemos.

—¿Roma?

—Sabes perfectamente que en Roma está Ingrid Roberts, y ella lo hace muy bien.

—Estupendo. Yo la ayudaré —recordé a Ingrid Roberts, una rubia impresionante—. Podríamos formar una buena pareja.

—Te vas a Noruega, Alex. Y no se hable más del asunto. Estarás allí seis meses y es posible que, si te portas bien, mande llamarte.

—Pero ¿qué va a hacer sin mí, jefe?

—Procuraré arreglarme —me contestó, con el mayor sarcasmo—. Sé lo indispensable que eres para el periódico y te vamos a echar mucho de menos —inspiró profundamente y gritó—: ¡Pero volarás a Noruega!

—Muy bien. Sacaré el billete para mañana.

—Ya me he encargado yo de eso. Será esta noche.

—Oh, no, no puedo salir esta noche. Tengo que despedirme de mi tía Edith.

—Alex, sé que no existe ninguna tía Edith. Me encargué de investigarlo.

—Es que la confundo siempre con mi tía Agatha.

—Alex, cuando empezaste a buscar tías para excusarte, ordené una investigación de tu familia. ¡Y en ella no hay ni una sola tía! Tu vuelo es el 305, y tu destino, Oslo. ¡Noruega!

—¿Con escala en Londres?

—No.

—¿En París?

—No. Sólo hace escala en Groenlandia. Y allí están ahora a cuarenta grados bajo cero.

Apreté los dientes.

—Jefe, me voy a acordar mucho de usted en Groenlandia.

—Prefiero que te acuerdes de mí en Oslo y que hagas buenos reportajes. Buena suerte y adiós. Joan te dará el boleto y las instrucciones.

—Así que, todo estaba preparado.

—Sí, Alex, he dedicado mis últimas horas a ti. Y para variar, ahora tengo que preocuparme del *Star*, porque soy su director y debe salir todos los días.

—Hasta la vista, jefe —le dije, como un condenado después de recibir el chorro de gas letal.

Salí del despacho.

Joan Foster me estaba mirando con su más expresiva sonrisa, y eso quería decir que, la muy fresca, no se había perdido una palabra por el interfono.

—Tu boletito, rico —dijo—. Oh, a propósito, cuando me escribas una carta, explícame lo hermosa que es la aurora boreal a tu paso por el Polo Norte.

—Joan Foster, ¿sabes una cosa?

—¿Una declaración de amor ahora? No, querido, estoy en horas de trabajo.

Levanté las manos.

—Quisiera ser un Landrú de verdad para asesinarte mejor.

Ella se ahuecó el cabello.

—Póngase en cola, señor. Tengo muchas peticiones.

Le arranqué de la mano el portafolios, en donde estaba todo lo que yo necesitaba para hacer el condenado viaje a Noruega.

Y salí de allí a paso de carga, porque estaba muy furioso...

Decidí volver a mi apartamento para hacer la maleta.

Y cuando abrí la puerta, unos brazos desnudos aparecieron por un lado y se enroscaron en mi cuello y una boca buscó la mía.

Apuesto a que ustedes ya lo suponen. Era la hija del embajador.

—Amor mío —dijo después de largo beso—, he estado contando las horas que hemos estado separados.

Nos habíamos separado aquella noche.

—Dulzura —le dije—, nuestro amor es imposible.

—¿Qué dices, Alex?

—A tu padre no le gusta nada cierta obra de Shakespeare, *Romeo y Julieta*. Se ha enterado de lo nuestro, ha pegado el soplo al Departamento de Estado y me lo ha hecho pagar. Salgo para Noruega dentro de unas horas.

—Ya lo sabía, y por eso vine.

—Para despedirte.

—Para marcharme contigo a Noruega.

Escuché aquello horrorizado. Si yo consentía que ella me acompañase a Noruega, mi país y Rusia llegarían a un acuerdo total en el Vietnam, en el desarme atómico y en cualquier otra clase de desarme, con tal de que el presidente lograra enviarme a Siberia.

—Cariño, eso es imposible.

—Tengo dinero para pagar mi boleto y para tenerte en Noruega como un rey.

—Dulzura, en Noruega ya tienen rey. Y si le hago la competencia, íbamos a empeorar mucho las cosas.

Ella rió el chiste.

—Alex, no puedo vivir sin ti.

Era una monería de chica. Una morenita con unas curvas espléndidas, con unos ojos orientales, con una boca de labios jugosos. Le habían hecho proposiciones para trabajar en Hollywood, pero su padre había mandado al productor cinematográfico a nadar a la piscina de su casa, pero lo arrojó vestido.

—Nena, somos adultos y debemos comportarnos como tales... Sólo será una separación de seis meses. Pasarán como un rayo. Y yo volveré a tus amorosos brazos.

La besé.

Y la besé otra vez para convencerla.

Y la volví a besar.

Seguía besándola cuando sonó el teléfono.

Sería el jefe que se habría olvidado de algo. O Joan, para soltarme uno de sus sarcasmos.

Me aparté de la hermosa hija del embajador y descolgué.

—¿Sí?

—Hola, Alex... Soy Spencer Holden.

—¿Cómo estás, Spencer?

—Estupendamente.

No creí que Spencer Holden estuviese estupendamente. Había sido un gran periodista, premio Pulitzer. Pero, cinco años atrás, todo había cambiado en su vida. Su mujer le abandonó por otro y él no encajó el golpe. Es lo que les pasa a los tipos que se obsesionan por una sola mujer. Spencer ahogó su pena en el *whisky*, en la ginebra, en el vodka y se convirtió en un alcohólico. Había sido uno de los periodistas que más ganaban en el país, y, a la vuelta de un año, era un despojo humano que pedía dinero a los amigos porque había quedado inservible para la profesión. Los directores lo consideraban como un apestado. Nadie quería verlo. Yo, de cuando en cuando, me lo encontraba y le daba algún dinero, procurando no herir su orgullo, aunque sabía que ese dinero sólo serviría para que siguiese bebiendo.

—Alex, tengo una noticia para ti.

Alguna vez, Spencer me daba noticias, y yo simulaba que eran unas noticias formidables, y aumentaba el donativo. Pero en realidad eran unas piojosas noticias que no servían para nada.

—Oh, sí, Spencer, estoy seguro de que lo será, Pero esta vez tendrás que buscarte a otro compañero. Verás, Spencer, yo me marchó a Europa dentro de unas horas.

—Pero esto es más importante de lo que puedas hacer en Europa. Te lo aseguro, Alex. ¿Te acuerdas de Marilyn Monroe?

—¿Cómo voy a olvidarla, Spencer? Fue mi favorita hace diez años, cuando yo tenía dieciocho. Soñaba con ella una noche sí y otra también, y hace poco vi uno de sus films por la TV, *Bus Stop*.

—La noticia que te quiero dar es sobre ella.

—Vamos a hacer una cosa, Spencer. ¿Te acuerdas de Joe Morrison? Trabaja para *Prensa Unida*, y es un buen chico. Llámalo y dale la noticia.

—No, Alex, tiene que ser a ti.

—Lo siento, pero yo tengo que volar ahora, Spencer.

—¡Tengo que cortar! —exclamó de pronto—. ¡Volveré a llamarte!

Antes de que yo pudiese replicar una palabra, él colgó.

Me quedé mirando el teléfono.

Había sentido lástima de Spencer Holden y ahora me daba mucha más pena. No lo vería en seis meses y no le podía ayudar. Pero

esperé que Joe Morrison se hiciese cargo de Spencer y se portase bien con él.

Los brazos desnudos de la nena se enroscaron de nuevo en mi cuello y me apretaron como un par de serpientes boa.

Me costó mucho convencerla, cuatro horas, pero al final, la hija del embajador renunció a ir conmigo a Oslo. Dejaríamos pasar los seis meses para volver a encontrarnos.

Yo tomé mis maletas, pedí un taxi y poco después me dirigía al aeropuerto Kennedy.

Faltaba como media hora para que mi avión saliese.

Bebí un *whisky* en uno de los bares.

De pronto me tocaron en el brazo.

Al volverme vi a una azafata japonesa. Era muy mona.

—¿Es usted Alex Kerrigan?

—Sí, señorita.

—Un amigo suyo me ha pedido que le diese un mensaje.

—¿Un amigo mío?

—Se llama Spencer Holden. Lo está esperando en el pasillo que conduce a las Líneas Aéreas Canadian Pacific.

—Gracias.

—De nada —me sonrió y se fue.

Spencer Holden era insistente. Quizá se encontraba en un apuro económico más grave de lo normal. Disponía de muy poco tiempo, pero decidí ir a aquel lugar.

Pagué el *whisky* y me puse en camino.

El piso era de tierra. Caminé por aquel pasillo que trazaba un semicírculo y de pronto oí que alguien me chistaba.

Era Spencer y estaba junto a unos barriles.

Me acerqué a él.

—¿Qué te pasa, Spencer?

—No pude llamarte de nuevo a tu apartamento... Ellos están detrás de mí.

—¿Ellos?

—No hay tiempo que perder, Alex. Ya estoy listo.

—¿Qué quieres decir?

—Me van a matar.

—Spencer.

Apeataba a *whisky* como un demonio. Así que pensé que Spencer

había cambiado su táctica. Ahora ponía dramatismo en su actuación para conseguir irnos dólares.

Saqué un fajo de billetes y le alargué cuatro de a cinco.

—Toma, Spencer.

—Gracias, muchacho —cogió los veinte dólares.

Y añadió:

—Alex, Marilyn Monroe está viva.

CAPÍTULO II

Eso me había dicho aquel pobre borracho. Que Marilyn Monroe estaba viva.

Recordaba que la gran actriz había muerto un día de agosto de 1962. Yo estaba entonces haciendo el servicio militar en Florida.

Era un fin de semana y bailábamos con chicas en un club y la orquesta interrumpió la actuación, y un locutor anunció la muerte de Marilyn Monroe. Y tampoco había olvidado la impresión que produjo la noticia en todos los que nos encontrábamos en aquel club.

Y allí estaba yo ahora, en un húmedo pasillo del aeropuerto Kennedy, escuchando a un despojo humano llamado Spencer Holden.

Le di una palmada.

—Spencer, tengo que marcharme ahora.

—¿Adónde?

—Ya te lo dije. A Oslo, a Noruega.

—Pero tú no puedes marcharte, Alex. Es la mejor noticia que te he dado en toda mi vida... ¿Te das cuenta, Alex? ¡Marilyn Monroe no murió! ¡Está viva! ¿Lo oyes? ¡Viva!

Su voz era estrepitosa. Sentía deseos de preguntarle: «¿Cuánto alcohol metiste en el cuerpo, Spencer?». Pero probablemente ni él mismo lo sabría.

—Gracias, Spencer. Te diré lo que vamos a hacer. En cuanto llegue a Oslo, telefonearé a mi jefe, Max Collins. Sabes que es bueno. Él se encargará de todo el asunto.

Me miró como si mirase a un desconocido.

—Entiendo, Alex... No me crees.

—Claro que sí.

—¡No, no me crees! Piensas que estoy borracho o algo peor. Que estoy loco. Te entiendo perfectamente, Alex. Pero no te preocupes, sabré arreglármelas.

Me metió los billetes en el bolsillo superior de la chaqueta y echó a correr.

—¡Espera, Spencer!

Pero no esperó. Desapareció de mi vista. Fui a seguirle pero me dije que, después de todo, no valía la pena. ¿Qué culpa tenía yo de que Spencer se encontrase en dificultades? Yo había tratado de ayudarle con aquellos veinte pavos. Estaba seguro de que Spencer era el primero en saber que sus noticias no servían para nada. Estaba engañándose a sí mismo, y el que le socorría sólo tenía que seguir su juego. Era lo que había hecho él durante mucho tiempo y lo que quería hacer ahora, antes de largarme a Europa.

Me encogí de hombros y me dirigí a la sala donde tenía que esperar que anunciaran mi vuelo.

Vi a una persona conocida. A Norman Burton, policía del aeropuerto. Era un tipo casi tan alto como yo, bastante duro. Habíamos simpatizado cuando él estuvo en la Brigada de Homicidios. Tuvo un lío con la Municipalidad de Nueva York. Fue acusado de intolerancia en el desempeño de su misión. Pero tenía el aprecio de algunos jefes y lo colocaron en el aeropuerto Kennedy.

—¿Qué tal, Alex? ¿De viaje?

—Sí.

—He seguido leyendo tus crónicas. Te felicito. Te has convertido en un buen periodista.

—Gracias.

Un hombre uniformado como Norman Burton se acercó.

—Norman, hay una emergencia. Un tipo está corriendo por la pista número 8. Debe haber perdido la cabeza. Se detiene y grita que es el más grande periodista de todos los tiempos, que ha descubierto la noticia más sensacional.

Sentí un escalofrío por la espalda.

—Perdona, Alex —dijo Norman—, tengo trabajo.

—Espera, quizá yo conozca a ese hombre.

—¿Por qué habías de conocerlo?

—Dice que es el más grande periodista.

—Está bien, Alex, ven conmigo.

Echamos a andar y me presentó a su compañero. Se llamaba Albert Taylor.

Salimos a la pista número 8.

Otro hombre se nos unió. Era un tipo de cuarenta años, de rasgos caballunos.

—¡Maldita sea, Norman! ¡Se supone que ustedes no deben permitir que nadie entre aquí! ¡Soy el jefe de pista! Y se supone que tengo que dar entrada a los aviones.

Dos potentes reflectores estaban barriendo la pista con sus haces luminosos.

—¿Dónde está ese chiflado, Cooper? —preguntó Burton al jefe de la pista.

—Lo vimos por un momento correr hacia el Norte, pero burló los reflectores. He tenido que suspender el aterrizaje de tres aviones. Pero no puedo demorarlo más de dos minutos. ¿Lo oye, Burton? ¡Tiene dos minutos para alcanzar a ese hombre y sacarlo de la pista!

—De acuerdo, Cooper. Continúe con su trabajo.

Me hizo una señal y yo fui detrás de él, lo mismo que Albert Taylor. Echamos a correr por la pista.

Los aviones estaban zumbando. Unos salían y otros entraban por distintas pistas. Pero aquella sobre la que corríamos estaba todavía libre.

Pasaron treinta segundos y seguíamos corriendo sin que viéramos a Spencer.

Los haces luminosos nos ayudaban sin resultado.

—Dividámonos —dijo Norman.

Señaló a cada uno el camino y a mí me indicó la izquierda.

Corrí con más energía y me puse a gritar:

—¡Spencer!... ¿Dónde estás, Spencer?... ¡Soy Alex Kerrigan! ¡No debes temer nada! ¡Vengo en tu ayuda!

Un avión se disponía a tomar tierra en aquella pista porque enseguida pasarían los dos minutos que nos había concedido Cooper. Era un *Jumbo*, un mastodonte del espacio.

—¡Spencer!... ¡Escúchame, Spencer!

Uno de los reflectores me envió el haz y me cegó.

El avión se estaba aproximando a una velocidad escalofriante.

Me arrojé a tierra.

El avión pasó zumbando y me envolvió en un torbellino de aire que me hizo rodar más de diez metros.

Creí que me ahogaba.

Había ido a parar junto a las luces de situación de la pista.

Me levanté, dándome a todos los diablos. Disponía de sesenta segundos, porque enseguida tomaría tierra otro avión.

Los reflectores seguían iluminando la pista en sucesivas barridas, pero Spencer Holden no aparecía por ninguna parte.

De pronto lo vi.

Uno de los reflectores lo había puesto ante mis ojos. Estaba como a quinientos metros.

Eché a correr otra vez.

—¡Spencer!

—¡No me pillaréis!... ¡No me pillaréis! —gritó él.

—¡Spencer, soy yo! —le grité—. ¡Tu amigo Alex!

El avión que se acercaba no le dejó oír mis palabras ni tampoco me dejó a mí seguir oyendo las suyas.

—¡Apártate de ahí, Spencer!... ¡Apártate!

Nunca en mi vida había movido las piernas más aprisa, ni siquiera en los entrenamientos del campo militar.

—¡A tierra, Spencer!... ¡A tierra!

Spencer se movía hacia un lado y hacia otro y el reflector lo seguía en todos sus movimientos.

En aquel momento empezó a llover.

—¡Spencer, soy Alex!... ¡Espera!

Era inútil. No me podía oír.

El avión ya estaba tomando la pista, y, si Spencer no se agachaba, sería atrapado, porque estaba justamente en el centro, y sería devorado por aquel monstruo.

—¡Abajo, Spencer! ¡Abajo! —grité y sentí que las venas de mi cuello iban a estallar.

En aquel momento, Spencer se desplomó.

Quizá fuese debido a la borrachera, pero lo importante era que ya no estaba en pie.

El avión pasó por su lado y me pareció que no lo tocaba.

Yo también me arrojé al suelo, sin detener mi carrera.

El monstruo rugió cuando cruzó frente a mí y otra vez el torbellino de aire me hizo dar vueltas.

Me levanté y vi a Spencer al fondo. Estaba poniéndose en pie.

—¡Spencer!

Ahora me pudo oír.

—¡Alex!

—¡Spencer, ven aquí!

Eché a correr hacia mí.

El foco lo seguía iluminando.

De pronto pareció como si Spencer tropezase con un muro invisible. Sí, fue como si algo chocase contra Spencer y lo detuviese y luego, como si hubiese recibido un puñetazo, voló por el aire. Y cuando no había tocado el suelo, de nuevo recibió más impulso, y cayó rodando por la pista.

Llegué corriendo a su lado y sentí que me quedaba frío como el hielo.

Spencer tenía el pecho, la cara y el estómago llenos de sangre.

—¡Alex! —oí gritar a Burton por detrás.

Llegó corriendo y se detuvo, contemplando el cuerpo de Spencer.

—¿Qué pasó, Alex?

—¿Es que no lo ves?

—Lo destrozó el avión.

—No, Norman, no lo destrozó el avión. Le metieron tres balazos.

—¿Qué dices?

—Mira los agujeros.

No valía la pena tocar a Spencer para saber si vivía porque las balas le habían hecho enormes boquetes en el pecho, en el estómago. Y la tercera le alcanzó el cuello y casi lo había decapitado.

Ahora Spencer Holden era un auténtico despojo humano.

CAPÍTULO III

El jefe de Norman Burton se llamaba James Fonda y era un tipo con cara desagradable.

Estábamos en su oficina.

Los radiadores de la calefacción funcionaban a todo gas. Para mí resultaba muy fría aquella habitación, pero James Fonda se debía encontrar a sus anchas. Estaba en mangas de camisa, con el nudo de la corbata bajado, mostrando el vello de su pecho.

—Con que usted es Alex Kerrigan, el periodista.

—Sí.

—¿Quién era el muerto?

—También se lo habrá dicho Norman.

—Quiero que lo diga usted.

—Spencer Holden.

—¿Para quién trabajaba Spencer Holden?

—Para nadie.

—¿No era un periodista?

—Sí, lo era, pero nadie quería darle trabajo.

—¿Por qué?

—Estaba alcoholizado. Su mujer lo abandonó.

—Hay tipos así, pero no todos vienen a morir al aeropuerto Kennedy.

—Spencer Holden no vino a morir aquí. Lo mataron con tres balas disparadas por un cañón.

—Soy policía, señor Kerrigan, y sé qué clase de muerte ha tenido Spencer Holden. Ahora quisiera que me diese más información. Según me ha explicado Norman, usted iba a viajar a Oslo.

—Sí.

—Hemos retrasado su vuelo media hora para que usted pueda aclararme este asunto.

—Yo no puedo aclararle nada, señor Fonda. No veía a Spencer desde hace más de dos meses.

Yo tenía que mentir. No podía decirle: «Oiga, señor Fonda, a Spencer Holden lo mataron porque yo no le quise dar crédito... Sí,

señor Fonda, Spencer me dijo una cosa muy graciosa. Que Marilyn Monroe vive».

El señor Fonda se habría echado a reír. Se habría reído de Spencer y de mí.

—Usted se fue con Norman Burton a la pista número 8. ¿Por qué?

—Porque Alberth Taylor dijo que el hombre que estaba en la pista estaba diciendo a gritos que era el mejor periodista del mundo. Y yo soy periodista, señor Fonda, y pensé que le conocería y que les podría servir de ayuda.

—No nos sirvió para nada. Sólo contribuyó a crear más confusión en la pista número 8. El *Jumbo* estuvo a punto de destrozarle. El piloto lo vio a usted y desvió su rumbo. Faltó poco para que usted produjese una catástrofe.

—Me arrojé a tierra en el momento preciso. Ese piloto no tenía necesidad de haber cambiado su rumbo.

—Volvamos a Spencer Holden. ¿Por qué cree que lo mataron?

—Ya le he dicho que no lo sé.

Otro policía entró en la oficina.

—¿Qué hay, Gary? —inquirió Fonda.

—El francotirador ha logrado huir.

Fonda pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Maldita sea, soy uno de los que deben garantizar la seguridad de miles de personas en este aeropuerto! Y un hombre provisto de un arma, mató a un tipo disparándole tres balas. ¿Se dan cuenta de la clase de propaganda que se va a organizar? —Me miró—. Y aquí tenemos a un periodista. A un muchacho que se gana la vida con la pluma. ¿Qué dirá usted de nosotros, señor Kerrigan?

—Diré la verdad. Que ustedes no tuvieron la culpa de que Spencer muriese. Un hombre cualquiera puede entrar en el aeropuerto portando un arma. La puede llevar en el bolsillo o en el estuche de un violín.

—Olvida algo, señor Kerrigan. Nosotros facilitamos el trabajo al asesino, iluminando a su víctima con el reflector. Sólo gracias a eso pudo disparar con puntería y, sobre todo, con impunidad... —Se volvió hacia el policía llamado Gary—. ¿Dónde estaba situado el asesino?

—Aproximadamente, a unos cien metros, a la derecha de la pista.

—¿Huellas?

—Sí, hemos encontrado alguna. Están sacando el molde.

—No servirá de mucho. Tendremos la escayola de un zapato del número 42, 40, o 39... ¡Y sólo eso!

Dio unos pasos por la estancia, frotándose el cabello. Se detuvo y me miró a los ojos.

—¿Qué clase de enemigos podía tener un hombre como Spencer Holden? No, no me conteste. Ya sé lo que va a decir. Que no lo sabe... ¿Quién pudo tener deseos de matar a un gusano?

—Cuidado, señor Fonda, no era un gusano. Era un hombre. Y hace tiempo ganó el máspreciado galardón que un periodista puede desear en este país. El premio Pulitzer.

—Un hombre puede ser muy importante en un momento determinado de su vida, dentro de su profesión, pero, al cabo del tiempo, puede convertirse en un indeseable.

—Spencer Holden tampoco era un indeseable.

—Lo defiende con mucho calor.

—Tengo que hacerlo.

—¿Sólo porque una vez Spencer Holden fue un periodista famoso? ¿O hay otro interés?

Era astuto, muy astuto aquel tipo. Me había hecho preguntas directas y ahora trataba de atacarme por un flanco.

—Spencer Holden me habría defendido también a mí, si yo hubiese sido la víctima. A pesar de su alcoholismo, seguía siendo un profesional.

—Siento no compartir sus ideas acerca de lo que era ahora la víctima... De acuerdo, señor Kerrigan. Usted no me sirve y se muestra reacio a proporcionarme más información. Pero no se preocupe. Sabré todo lo que se refiere a Spencer Holden, desde que nació hasta que murió. Puede emprender su vuelo.

—Gracias.

Me despedí con un saludo y salí de allí.

Un altavoz anunció mi vuelo y hasta dijeron mi nombre. Estaban esperando al pasajero Alex Kerrigan. Se le rogaba que se diese prisa. Pero yo no tenía ninguna prisa en viajar a Oslo. No, maldita sea. Yo no viajaría a Noruega ni aunque me gratificasen con un par de miles de dólares.

Mis maletas estaban en el avión. Ellas serían las únicas que viajarían a Oslo.

Tomé un taxi en el aeropuerto y regresé a la ciudad.

Yo no conocía el domicilio de Spencer Holden, entre otras cosas, porque sabía que él había cambiado de cama a cada momento, y eso era debido a que muchas veces se encontraría con que no tendría dinero para pagarla.

Entré en el Club 14, donde nos reuníamos un buen grupo de periodistas. Jerry Baxter, del *Ciudadano Liberal*, salió a mi encuentro.

—Eh, Alex, me dijeron que te ibas a Europa.

—Mi jefe cambió de idea.

No sirvió de nada aquella respuesta, porque enseguida, Jerry dijo:

—Acaban de dar por televisión la noticia de la muerte de Spencer Holden. Fue espectacular. Quise encargarme del asunto, pero mandaron al aeropuerto a Thomas Wilding. Ya sabes que él siempre se reserva los buenos asuntos.

Yo no había ido allí para chismorrear.

El barman del Club 14, Tony Harris, sabía de nosotros, los periodistas, más que todos los policías de la ciudad juntos.

Logré alejarme de Baxter y encontré un lado del mostrador vacío.

Tony me escanció el *whisky* y le dije:

—Spencer era un gran hombre.

—Lo fue —me corrigió.

Tony tenía unos cincuenta años, más o menos la edad de Spencer, y habían sido buenos amigos.

—Siento la muerte de Spencer, Alex. Y lo siento porque últimamente tuve que cerrarle la cartera. ¿Me comprendes? Le había dado mucho crédito y, cuando fue persona no grata en el club, le seguí dando dinero para que fuese a beber a otra parte. No lo digo para que me levanten una estatua. Maldita sea, lo que trato de decirte es que, en cierto modo, me siento culpable.

Sonreí con amargura porque, si él se sentía así, yo me sentía como un perro traidor. Spencer había acudido a mí. Me había llamado a casa, y lo que él quería pedirme no era dinero, sino ayuda, porque necesitaba un amigo para librarse de un asesino. Y después de haberme colgado el receptor, Spencer me buscó en el aeropuerto Kennedy. ¿Por qué?

«Spencer confió en ti, pero no lo quisiste escuchar. Te burlaste. No le diste importancia a sus palabras».

Y aquellas palabras repercutieron en mi mente mientras miraba el *whisky* del vaso: «Es la mejor noticia que te he transmitido en toda mi vida, Alex. ¿Te das cuenta, Alex? Marilyn Monroe no murió. Está viva. ¿Lo oyes? Alex... ¡Viva!».

Yo le había querido endosar a Max Collins, y Spencer se sintió decepcionado, y me devolvió los veinte dólares, y echó a correr hacia la muerte.

«Maldito seas, Alex, pudiste impedir que Spencer muriese. Lo pudiste impedir como hay un infierno. Pero le fallaste cuando él necesitaba más a un amigo».

Vacíé de un trago el vaso.

—Tony, lo único que me importa ahora es que Spencer murió asesinado. Y quiero hacérselo pagar al tipo que le metió las tres balas.

—¿Y qué te dijo Spencer a cambio?

—Es asunto personal.

—¿Por qué?

—¡Te digo que es asunto personal!

—De acuerdo, justiciero. Va a ser cosa tuya. Pon un anuncio en el periódico. «Se ruega al asesino de Spencer Holden se presente de 4 a 5 en el Club 14. Razón: Ajuste de cuentas».

—Tu sentido del humor es despreciable, Tony.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Háblame de Spencer. Es lo que necesito.

—Hace más de dos semanas que no lo veía.

—¿Y dónde lo viste por última vez?

—Me estaba esperando en la puerta de mi casa. Vivo en la Calle 62 Oeste, en el 334.

—¿Para qué te esperaba?

—Para sacarme plata.

—¿Y qué te dijo Spencer a cambio?

—Una tontería, como siempre.

—¿Cuál fue la tontería?

—Que volvería a nadar en dinero otra vez. Estaba en camino de lograr el mejor reportaje de todos los tiempos.

Todos mis sentidos se alertaron.

—¿A qué se refería?

—No lo sé.

—Es importante, Tony. ¿A qué se refería?
—¿Es que crees que decía la verdad?
—Ahora sé que decía la verdad.
—¿Supones que lo mataron por eso?
—Sí, Tony. ¿Qué te dijo?
—No me dijo nada. No le concedí importancia. Pensé que era otra de sus excusas y le di cinco pavos.
—¿Y luego?
—Luego se marchó.
—¿No agregó algo más?
—Me dijo dónde iba.
—¿Adónde?
—A un club.
—¿Cuál club? Los hay por centenares en Nueva York.
—No lo recuerdo.
—Tienes que recordarlo.
Se quedó pensativo durante unos instantes.
—Lo siento, Alex. No puedo recordarlo.
Lo solicitaron de otro lado de la barra y se fue.
De pronto oí una voz a mi espalda.
—Tuve la corazonada de que te encontraría aquí.
Volví la cabeza.
Era Joan Foster, la secretaria del Viejo.

CAPÍTULO IV

—Hola, Joan.

—Hola, ex periodista.

—No estoy para bromas, Joan.

Se sentó en un taburete, a mi lado.

—Te informaré del curso de los acontecimientos, Alex. Dieron la noticia de la muerte de Spencer Holden y el jefe calculó que tú te encontrabas en el aeropuerto Kennedy en esos momentos, y entonces pidió noticias. Le dijeron lo más asombroso. Que tú habías participado en el intento de salvamento de Spencer y que por ello retrasaron tu vuelo a Noruega. ¿Y qué pasó después? Que el señor Kerrigan no se presentó en el avión...

—¿Ya terminaste?

—Yo, sí, pero el Viejo no ha terminado.

—Al diablo con el Viejo.

—Alex, ¿cómo no se te ocurrió informarle? Era una primicia. ¡Tú corriste por la pista para salvar a Spencer! ¡Estoy segura de que le metieron las balas delante de tus propios ojos!

—Sí, es cierto, ante mis propios ojos.

—Maldita sea, pudiste hacer el mejor reportaje de tu vida, y para eso te habría bastado hacer una llamada telefónica al *Star*. ¿O es que sufriste un *shock*?

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir.

—No, no sufrí ningún *shock*, Joan. Sentí mucho la muerte de Spencer, pero conservé todos mis sentidos.

—Entonces, ¿por qué?

No, tampoco se lo diría a Joan. Ni al Viejo.

—Tengo mis razones para guardar silencio, Joan.

—Al fondo tienes una cabina, Alex. Llama a Collins y discúlpate.

—No, no voy a hacer tal cosa.

—Hasta ahora te pasaron todo por alto. Eres muy bueno como periodista.

—Gracias.

—¡Pero no insustituible!

—Sigues siendo muy amable.

—Lo de insustituible no lo dije yo. Lo dijo Collins hace un rato. Te va a echar. Puede que en estos momentos esté borrando tu nombre de la nómina.

—Puede hacer lo que quiera. El dirige el periódico.

—¿Qué te pasa, Alex?

Me volví hacia ella y le cogí la barbilla.

—Joan, hazme un favor. Déjame en paz.

Sus ojos chispearon.

Saltó del taburete.

—De acuerdo, gran hombre. Si ésa es tu idea de lo que debe ser el compañerismo, sigue jugando solo.

Se fue de allí hacia una mesa del fondo, donde había otros periodistas.

Me pregunté cuánto tardaría en meterse en la cabina telefónica y decirle al Viejo que me había encontrado.

Tony regresó a mi lado.

—Ya me acuerdo, Alex. Club Orquídea. Spencer Holden iba al club Orquídea. Pero no se lo digas a nadie más. Ni siquiera a Joan.

—Descuida, Tony —observé que la secretaria del Viejo nos estaba mirando.

Le pagué el *whisky* y le alargué un billete de a cinco dólares.

Salí de allí, tomé un taxi y le di al conductor la dirección del club Orquídea.

Bajé por unas escaleras y entré en el local. Estaba muy animado.

Era el momento del espectáculo. Un trío de color cantaba una canción sureña.

Casi todas las mesas estaban ocupadas y también había muchos clientes en la barra. Fui a ésta y logré acomodarme en un rincón.

Un barman pecoso vino por el otro lado y le pedí un *whisky* doble.

Cuando me sirvió, le puse encima dos billetes de a cinco dólares.

—Le sobra dinero —dijo el pecoso.

—Para ti, muchacho.

Enarcó las cejas.

—Le puedo recomendar una bonita chica.

—No necesito una bonita chica.

—¿Qué quiere?

—Información sobre Spencer Holden.

—¿Quién ha dicho?

—Spencer Holden.

—No le conozco.

—Cincuenta años. Trabajó en el periodismo. Era un cliente del Orquídea.

—Aquí acude mucho público todos los días. Puede que su amigo haya venido, pero fue uno de tantos.

Me devolvió el dinero, después de descontar el importe del *whisky* doble.

Me puse a beber.

El trío de color recogió sus aplausos y se marchó, y para sustituir al trío salió Raquel Welch.

La gente empezó a reír.

No, no era Raquel Welch. Era un espectáculo de *travesti*. Un tipo que imitaba a Raquel Welch, pero la imitaba muy bien y se había maquillado como ella. Era asombroso. Todo un artista. Exageró los defectos de Raquel Welch, porque tenía que exagerarlos, ya que en eso consistía el número. Sus piernas eran perfectas y se había puesto el relleno de arriba en la debida proporción, y se había enfajado lo suficiente para que el resto del cuerpo fuese el de la actriz a la que imitaba.

Cantó acercándose a las mesas, donde había hombres e intentaba una seducción.

Nunca me han gustado los espectáculos de *travesti*, pero sé reconocer a un artista y aquel tipo lo era.

De pronto, mientras él estaba actuando, me acordé de Marilyn Monroe. También ella había sido famosa como lo era Raquel Welch.

Seguí bebiendo mi *whisky*, mientras el tipo continuaba su número y, cuando terminó, cosechó una gran ovación.

Yo ya sabía dónde tenía que ir.

Busqué el camino de los camerinos. Fue fácil y nadie me obstaculizó.

Me encontré con una joven que iba a actuar. Una rubita de senos pequeños y de cuerpo como una figura de porcelana.

Tropecé con ella.

—Perdón —le dije.

Ella me sonrió.

—Quiero ver a su compañero. El que imita a Raquel Welch.

—Encontraré a Frank en el camerino número 3.

—Gracias.

Ella se fue hacia el escenario y yo seguí hacia el camerino número 3.

Llamé en la puerta, en donde se leía: «Frank Oliver».

—Adelante —dijo una voz.

Entré.

Frank Oliver estaba sentado ante el espejo. Ya se había quitado el vestido de Raquel Welch y la peluca, y se estaba maquillando. Me miró reflejado en el espejo y dijo:

—¿Quiere ver a Elizabeth Taylor?

—Me complacerá mucho.

—No tardaré en estar preparado.

Continuó maquillándose.

—¿Quién es? —preguntó.

—Alex Kerrigan, del *Star*.

Fui a enseñarle mi credencial, pero él dijo:

—No hace falta. Le creo. Tiene tipo de periodista. Siéntese.

Ocupé una silla y saqué un paquete de cigarrillos, invitándole.

—No, gracias. No fumo.

—¿Desde cuándo se dedica a esto, señor Oliver?

—Desde hace muchos años.

—¿Y qué edad tiene?

—Cuarenta.

Aposté a que tenía más de cuarenta y cinco, pero no se lo dije.

—¿A qué actrices ha imitado?

—A todas las famosas. Tuve mucho éxito con Ingrid Bergman y con Rita Hayword.

—¿Y Marilyn Monroe?

Detuvo la mano con la que se estaba maquillando y me miró a los ojos, a través del espejo.

—Sí, también a Marilyn Monroe.

—¿Lo hacía bien?

—Hace diez años era mi mejor número.

—Pero lo dejó de interpretar.

—Lo dejé de interpretar el mismo día que ella murió.

—¿Por qué?

—Por decencia... Perdí mucho dinero, ¿sabe? Reñí con el dueño del

local en que actuaba. La gente es morbosa. Empezó a acudir al local cuando se enteraron que yo hacía el número de Marilyn Monroe. Lo habían sabido antes de la muerte y pensaron que yo continuaría imitando a Marilyn, y durante las tres primeras noches se armó en grande. La gente pateaba. Armaba ruido con todo. Rompían vasos —se quedó pensativo.

—¿Dónde ocurrió eso, Frank?

—En Los Angeles.

—Así que estaba allí cuando ella murió.

—Sí, estaba en Los Angeles desde hacía un par de años.

—¿Conoció a Marilyn?

Se echó a reír.

—Sí, ella me vio. Lo hizo por sorpresa. Marilyn estaba rodando entonces *Vidas Rebeldes*, ya sabe, la película que le había escrito su marido, Arthur Miller. Clark Gable y Montgomery Clift, actuaban con Marilyn.

—¿Qué le pareció su número?

—Yo no me di cuenta de que ella estaba en el local mientras la imitaba. Sólo la identifiqué cuando se iba, y pareció gustarle mucho. Me sonreía. Yo, como homenaje, me quité la peluca rubia y la saludé.

—Un momento. ¿Quién estaba con Marilyn?

—Montgomery Clift.

—¿Arthur Miller?

—No, Arthur Miller no la acompañaba.

—¿Clark Gable?

—Tampoco. Había otras personas con ella. En total, tres hombres y una mujer. Los vi bien cuando se iban. Pero, excepto Montgomery Clift, no eran conocidos.

—¿No quiso Marilyn verlo a usted personalmente después de su número?

—No, pero la conocí más tarde, como dos meses después. Fue casual, en una estación de servicio. Había terminado su película. Yo estaba cargando el tanque de gasolina y la vi aparecer en un descapotable. Iba sola. Me acerqué a ella y le dije: «Señorita Monroe, soy Frank Oliver, su imitador». Se echó a reír y me dio la mano, y me dijo que había deseado felicitar me en el local donde yo hacía mi número, pero que pensó que armaría demasiado jaleo si la

reconocían, y ella estaba necesitada de descanso... Me dijo que fuese a visitarla cualquier día. Dijo que no me podía dar su dirección en aquel momento, porque lo mismo estaba en una parte que en otra. Pero que su agente de Prensa se pondría en contacto conmigo.

—¿Hubo ese contacto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Algunas semanas más tarde. Me dijo que Marilyn se alojaba en el hotel Dakota, en Hollywood.

—¿Fue usted a verla?

—Sí, y ojalá no hubiese ido.

—¿Por qué?

—Es un desagradable recuerdo... ¿Me da ese cigarrillo ahora?

—Desde luego.

Saqué el paquete.

—No fumo casi nunca. Sólo cuando estoy muy nervioso y usted está alterando mi sistema. ¿Por qué me hace estas preguntas, señor Kerrigan?

Le alargué la llama de gas, y mientras él encendía, le dije:

—Un amigo me habló de usted.

—¿Quién?

—Spencer Holden.

Por la cara que puso, supe que no sabía que Spencer había muerto. Sonrió y dijo:

—Spencer Holden estuvo aquí hace quince o veinte días.

—¿Para qué lo quería ver?

—Por la misma razón que usted. Me estuvo preguntando acerca de Marilyn.

—¿Cómo encontró a Marilyn aquel día, cuando fue a su hotel?

—Estaba a solas, pero no parecía ella.

—¿Por qué?

—Parecía drogada. Me abrió la puerta y empezó saludándome de una forma extraña, con una carcajada: «Hola, Frank, grandísimo hijo de perra. Pasa y te haré una exhibición para que puedas imitarme bien». Debí marcharme, pero no lo hice. Entré allí y entonces ella se puso a hacer su *show*. Me cantó una canción y lo hizo como si estuviese rodando en el estudio. Fue exactamente la

canción de *Río sin retorno*, aquella película en que trabajó con Robert Mitchum, en la que ella hacía de *girl*... De pronto, en un momento determinado se interrumpió y dijo: «Espera un momento, voy a por combustible».

—A por bebida.

—No, no era bebida. Entró en un cuarto y salió con un tubo en la mano. Yo le pregunté: «¿Qué es eso, señorita Monroe?». Y ella me contestó: «Píldoras para soñar». Se tragó una. Y luego me enseñó otra entre los dedos y dijo: «Voy a soñar todavía más». Y también la ingirió. Entonces arrojó el tubo hacia un sofá y pude leer lo que era: Nembutal.

—¿Qué pasó después?

—Siguió cantando durante unos instantes y de pronto se dejó caer de rodillas en el suelo y se echó a llorar. Yo, entonces, estaba como un *iceberg*. Le pregunté: «Señorita Monroe, ¿qué le pasa?». Y ella me contestó: «Nadie me quiere». Yo le sonreí paternalmente y le dije: «Señorita Monroe, a usted la quieren millones de personas en todo el mundo». Y ella me dijo: «Oiga, Frank, yo no tengo trato con esos millones de personas. No sé quiénes son. Daría cualquier cosa porque una sola persona de ésas que me quiere estuviese a mi lado». Yo le recordé que me tenía a mí en aquel momento y ella me dijo: «Usted es un piojoso artista como yo. Porque entérese, yo soy una piojosa actriz. ¿Qué está haciendo aquí, maldito? ¡Lárguese! ¡No quiero nada con usted!». Traté de calmarla, pero ella me gritó: «Salga de aquí, condenado imitador de estrellas». Y me tuve que marchar. Fue la última vez que la vi viva.

Guardó un silencio y pareció darse cuenta de que estaba fumando un cigarrillo. Hizo una mueca de asco y aplastó el cigarrillo en un cenicero.

—Ahí lo tiene todo, señor Kerrigan.

—¿Fue lo que le contó a Spencer Holden?

—Sí.

—Debió agregar algo más.

Frunció el ceño.

—Tiene razón. Agregué algo más, pero fue una estupidez.

—Repítame esa estupidez.

Frank Oliver se mojó los labios con la lengua.

—Encontré a una chica aquí, en el club Orquídea. Una cantante. Se

llama Doris Burke. Vino hace tres semanas de Los Angeles. Va a durar muy poco. Terminarán por echarla. Verá, bebe demasiado *whisky*, ginebra y todo lo que le echen.

Spencer también bebía todo lo que le echasen.

—¿Qué pasa con Doris Burke, Frank?

—Ella entró aquí, en mi camerino, recién llegada de Los Angeles. Sabía que yo había imitado a Marilyn Monroe. Se puso ahí, donde está usted ahora. Estaba completamente ebria y me dijo: «Te voy a soltar una cosa que te va a tirar de espaldas, Frank. Prepárate porque es la cosa más sensacional que hayas oído en tu vida. Marilyn Monroe no murió».

CAPÍTULO V

Ya había dado con la pista.

Ella se llamaba Doris Burke y trabajaba allí.

Me levanté de la silla.

—¿Cuál es el camerino de Doris Burke?

—Hoy no ha venido.

—¿No? ¿Por qué?

—Me telefoneó hace unas tres horas. Me dijo que estaba mal. Y yo sé lo que quería decir. Había bebido demasiado.

—¿Cuál es su dirección?

—Oiga, usted no debe tener en cuenta lo que una mujer ebria haya dicho.

—Spencer Holden lo tuvo en cuenta y fue asesinado hoy en el aeropuerto Kennedy.

A pesar del maquillaje, noté que se ponía lívido.

—¿Muerto?

—Le pegaron tres tiros.

—¿Por qué?

—Es lo que trato de investigar. ¿Me va a decir ahora la dirección de Doris Burke?

—Hotel Florida. No sé el número de la habitación. Está cerca de aquí, en la Calle 164, Oeste.

—Gracias.

Me despedí del hombre que había conocido a Marilyn Monroe porque se le ocurrió montar un número imitándola.

Fui andando hasta el hotel Florida. Era un edificio lóbrego.

En el registro había un tipo más sucio que la alfombra que yo pisaba. Parecía no haberse peinado en años.

—Quiero ver a Doris Burke.

—No puede.

—¿Por qué no?

—La señorita Burke dijo que no la molestasen.

Le di los dos billetes de a cinco dólares que no me había aceptado el pecoso.

—Habitación 47 —dijo—. Segunda planta.

Me metí en un chirriante ascensor que me dejó en la segunda planta.

Busqué la habitación 47 y llamé en la puerta.

Nadie me contestó.

Llevo una ganzúa. Forma parte de mis artilugios personales. Un periodista de sucesos, a veces, se ve obligado a franquear puertas que nadie quiere abrir.

Entré en la habitación y vi a una mujer en la cama, boca abajo. Un olor extraño llegó a mis narices.

Eché a correr y abrí la ventana. Luego corrí otra vez a la cama y le di la vuelta a la mujer que estaba en ella.

Solté unas cuantas maldiciones. Había llegado tarde.

Pegado en la pared había un poster de la mujer muerta y sobre él se leía: «Doris Burke». Desde luego la fotografía la favorecía mucho porque la Doris Burke que yo veía sobre la cama era una mujer agotada y sin maquillaje. Parecía tener más de cuarenta años.

En la mesilla de noche había una botella de *whisky* vacía, y otra de vodka en el suelo.

Doris Burke había bebido mucho. Pero todavía no venden *whisky* ni vodka con olor o sabor a almendras amargas. Imaginé qué clase de muerte le habían dado. Era sencillo. Le habían hecho respirar cianuro. Era lo mejor para simular un ataque al corazón. La policía establecería que la muerte de Doris Burke había sido debida a causas naturales. Pero yo estaba seguro de que un asesino había entrado en aquella habitación.

Estaba ya fría pero todavía no tenía la rigidez. Y era el segundo asesinato cometido en aquella noche.

Habían matado a Spencer Holden y, antes o después, a Doris Burke. Doris Burke era la persona que había dicho que Marilyn Monroe estaba viva. Y luego Spencer me lo dijo a mí.

Doris Burke había venido de Los Angeles unas tres semanas antes y era la portadora de la noticia de que, la famosa protagonista de *Bus Stop*, de *El Príncipe y la corista*, de *Con faldas y a lo loco*, no había muerto un día de agosto de 1962.

En la habitación vi un armario que debía ser quemado por lo viejo.

Abrí cajones y vi ropa en ellos. Encontré un bolso y lo vacié en el suelo.

Encontré una tarjeta expedida por el Sindicato de Artistas a favor de Doris Burke, nacida en San Bernardino, California, el 4 de mayo de 1923, con domicilio en la calle Laurel, 432.

Había lápiz de labios, polveras, un par de encendedores, un paquete de cigarrillos y píldoras. Varios tubos de píldoras rosas, verdes y blancas. Eran sedantes.

Había también una carta dirigida a Doris Burke, al hotel Florida. Leí su contenido. Era una carta muy corta.

«Querida Doris: Olvida lo que me contaste. Un tipo desagradable estuvo aquí haciendo preguntas. No me gustó nada. Quiso saber tu dirección pero yo no se la di. Tengo miedo por ti. Cuídate mucho y escríbeme».

La carta estaba firmada por Anne.

No había remite en el sobre, de modo que no podía saber más de Anne.

El matasellos era de San Bernardino, California, y la fecha correspondía a seis días antes.

Guardé la carta en mi bolsillo y lo dejé todo como estaba.

Salí de la habitación y bajé la escalera.

El tipo sucio estaba leyendo los resultados de las carreras.

—¿Quién preguntó antes que yo por Doris Burke?

—Nadie.

Le cogí del cuello y lo atraje hacia mí.

—¿Eh, qué hace?

Le solté una bofetada.

—¿Quién vino antes que yo preguntando por Doris Burke?

—Un tipo.

—El nombre de ese tipo.

—No se lo pregunté. Como tampoco se lo pregunté a usted. En esta profesión hay que saber andar con la boca cerrada.

—¿Cómo era el tipo?

—Más o menos de su talla.

—Describeme su rostro.

—Apenas lo pude ver.

Fui a pegarle otra vez, pero él gritó:

—¡Espere! Llevaba gafas oscuras, una gafas cuadradas, muy grandes, que apenas dejaban ver algo de su cara. Sólo le puedo decir que la nariz era aguileña. Se cubría con abrigo y sombrero de color negro. Preguntó por Doris Burke. Le contesté lo mismo que a usted y, para abrirme la boca, me dio un billete de a cinco dólares.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Aproximadamente hace una hora.

—¿Y cuándo salió?

—No tardó ni diez minutos en salir.

—¿Qué le dijo?

—No dijo nada. Sólo hizo un saludo con la mano y se marchó.

Le solté un empujón y lo volví a la silla.

En cuanto yo me marchase, él subiría a la habitación de Doris Burke y la encontraría muerta. Salí de allí.

Había despedido al taxi y ahora lo necesitaba.

La calle estaba a oscuras.

Me dirigí hacia la esquina, por donde vi pasar un par de taxis vacíos.

Al llegar a la farola algo silbó por el aire.

Instintivamente, me arrojé al suelo.

Habían disparado sobre mí y si no me alcanzaron fue porque yo estaba en marcha.

Me quedé allí, aplastado contra el suelo, conteniendo la respiración.

Estaba claro que el fulano usaba un silenciador.

Miré hacia el lugar de donde había llegado el zumbido pero sólo vi un callejón oscuro.

Él tenía que estar entre aquellas sombras, esperando que yo me levantara para volver a intentarlo. Y esta vez no fallaría. No, no podía fallar porque yo sabía tanto como Spencer Holden, y un poco menos que Doris Burke.

Me imaginé al asesino con la pistola en la mano, el dedo en el gatillo, listo para mandarme a la Morgue, donde estaría muy pronto Doris Burke haciendo compañía a Spencer Holden.

El muy bastardo iba a batir un récord. Tres muertos en una sola noche. Yo daba por supuesto que la misma persona que había matado a Spencer Holden era la que había matado a Doris Burke. ¿O los habrían contratado por parejas? No, era mucho más lógico contratar a uno solo. Y tenía que ser bueno, de lo mejorcito, aunque

la primera bala que me había enviado no me hubiese alcanzado por unas pulgadas.

Un taxi se detuvo en la esquina hizo maniobra y se metió por aquella calle. Quería volver por el camino que había traído.

Podía ser mi salvación.

—¡Taxi! —grité.

El tipo no me oyó y siguió maniobrando.

—¡Taxi! —grité otra vez.

El taxista frenó bruscamente. Asomó la cabeza. Yo levanté una mano y pensé que el asesino me podría dejar manco.

El taxista debió encontrar raro que lo llamase un tipo caído en el suelo. Hay algunos que, en esas circunstancias, piensan que uno pueda estar herido o desmayado o a punto de morir o borracho, y no quieren complicaciones, y echan a correr. Y hay otros que son buenos profesionales y le echan una mano a uno aunque esté en las últimas.

Me pregunté a qué clase de taxista pertenecería aquél y tuve la respuesta enseguida.

El coche vino hacia mí y, cuando llegó a mi lado, el taxista gritó:

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho?

Pegué un salto, abrí la portezuela y me colé dentro.

—¡Arranque y no haga preguntas!

El cristal de la ventanilla saltó.

El asesino ya estaba disparando.

El taxista había lanzado el vehículo hacia delante.

—¿Qué fue eso?

—Un disparo.

Tomó la curva sobre dos ruedas haciendo chirriar los neumáticos.

—Gracias amigo —dije—, estamos salvados.

Pero se me olvidó aclararle una cosa. Que yo sólo estaba salvado de momento.

CAPÍTULO VI

Apreté tres veces el timbre de la puerta y al fin me abrió Joan Foster.

—Caramba, pero si es el ex periodista.

Se estaba anudando el batín.

—Y voy a ser un ex ciudadano —le dije, mientras entraba.

Se volvió hacia mí con los brazos bajo los senos y dijo:

—¿No te parece que es muy tarde para visitas profesionales? No voy a caer en tus brazos si te fallaron todas tus chicas.

—Olvídate de eso, Joan. Estoy trabajando.

—¿Para quién?

—Para el *Star*.

Joan señaló el teléfono.

—Antes de acostarme, llamé al *Star*. Estás despedido.

—No te preocupes. Me recibirán con los brazos abiertos.

—¿Te refieres al infierno? Oh, sí, lo debes tener asegurado. Allí te deben estar esperando muchas mujeres.

—No hagas chistes malos. Será el Viejo quien se ponga a mis pies. Y ahora basta de discusiones, y escúchame bien. Necesito ir a Los Angeles.

—Hablabamos del infierno y no del cielo.

—Los Angeles, California, chistosa.

—Ya lo imagino. Yo también soy inteligente.

—Si eres la mitad de lo que crees ser, empieza a vestirme rápido.

—Eso sí que es una novedad. Tienes a una linda mujer en tu apartamento y le pides que se vista, en lugar de que se desvista. Cuánto has cambiado.

Vi su botellería y me fui allí y me serví una ración de *whisky*.

—El bar está cerrado a estas horas —dijo.

—Apúntame dos dólares de bebida alcohólica.

—Pues págalos ahora.

—No puedo pagar ahora porque necesito todo el dinero para ir a California.

—¿Y por qué quieres ir a California? Bueno, ¿por qué lo pregunto?

Vas en busca de trabajo.

Bebí un trago y dije:

—¿Qué estás esperando, Joan? Tengo prisa.

—No pienso mover un dedo por ti.

Me acerqué a ella, la atrapé por la cintura y la besé en los labios.

Joan levantó la barbilla y dijo:

—Si crees que vas a conseguir que mueva el dedo por ti, estás equivocado.

La volví a besar y hablé con mis labios unidos a los de ella.

—Joan, han intentado asesinarme esta noche.

—Cuentos.

—Sé algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué no?

—Porque todo el que sabe esa noticia, es condenado a muerte.

—Te estás refiriendo a Spencer Holden.

—Hubo otro asesinato.

—¿A quién mataron?

—A Doris Burke.

—No conozco a ninguna periodista que se llame Doris Burke.

—No era una periodista. Era una cantante. Trabajaba en el club Orquídea.

—Y le pegaron tres tiros como a Spencer Holden.

—A ella la obligaron a respirar gas.

—No me la pegarás, comediante.

—¿Por qué crees que no fui a Noruega?

—Por la hija del embajador.

—No seas tonta, Joan. Mis maletas están camino de Noruega. Yo iba a Oslo pero mataron a Spencer ante mis ojos, y, antes de eso, Spencer habló conmigo.

—¿De qué?

—¡He dicho que no te lo diré!

—¡Y yo sigo sin creerte!

En aquel momento sonó el teléfono.

Joan se apartó de mí diciendo:

—Esta noche estoy siendo muy solicitada.

Descolgó.

—¿Sí?... Hola, jefe. ¿Cómo dice?... ¿Una mujer asesinada?... ¿Qué nombre?... ¿Doris Burke?... ¿Y dice usted que Alex Kerrigan fue visto en el hotel Florida?... —Me miró con el ceño fruncido—. No, no sé dónde pueda estar. Conozco un par de sitios donde Alex iba. Ya le informé que lo encontré en el Club 14 y le advertí que estaba a punto de ser despedido...

Colgó y vino hacia mí andando despacio.

—¿Por qué mataron a Doris Burke?

—Sabía demasiado.

—¿De qué?

Bebí un trago de *whisky* y chasquéé la lengua.

—Joan, eres una gran chica.

—Qué emocionante. Me vas a declarar tu amor cuando estás a punto de morir. Anda, dime que voy a ser la madre de tus hijos.

—No vas a oír tal cosa porque no pienso decirlo. Escúchame bien. Tengo que ir a Los Angeles porque es donde encontraré la respuesta a las muertes de Spencer Holden y Doris Burke. Sólo allí está la solución.

—¿Por qué no se lo dejas a la policía?

—Las dos víctimas han sido asesinadas en Nueva York, y la policía de Los Angeles no querrá saber nada de algo que no ha pasado en el área de su jurisdicción. Además, ya sabes los celos que sienten unos y otros policías. Por último, no creo que en este caso hiciesen absolutamente nada porque les faltaría lo más importante.

—¿Qué cosa?

—La evidencia.

—¿Y tú la tienes?

—La encontraré.

Paseó de un lado a otro.

—Joan, estamos perdiendo un tiempo precioso. Yo no puedo ir al aeropuerto Kennedy y comprar el billete. Tengo que camuflarme para lograr meterme en ese avión. ¡Por eso te necesito!

—Así que irás disfrazado.

—Lo he hecho muchas veces.

—¿Y de qué irás esta vez? ¿De conde de Montecristo?

—Me pondré unas gafas y me colgaré de tu brazo. Seré tu papaíto enfermo a quien acompañas al aeropuerto porque se larga a California a respirar el aire que necesitan sus dañados pulmones...

—¿Y qué voy a ganar yo con eso?

La rodeé otra vez con mis brazos y la besé en la punta de la nariz.

—¿Eso? ¿Ese miserable beso? —rezongó.

Le di otro en la boca.

—¿Crees que soy una mercenaria?

—Serías la más linda mercenaria que he conocido en mi vida.

—Tramposo —dijo y me pegó una patada en la espinilla.

—Joan, ¿quieres que llame a la hija del embajador?

—¿Qué?

—Ella me ayudará enseguida.

—Se lo impediría el embajador.

—Sé que ella saldrá de la casa sin que su padre se de cuenta.

—Eres un asqueroso chantajista.

—Voy a contar hasta diez y, si para entonces no te has puesto en marcha, llamaré a la hija del embajador... Uno... Dos... tres.

Ya se había puesto en marcha y dejé de contar.

Encendí un cigarrillo y esperé diez minutos.

Joan apareció lista para salir.

—¿Llevas dinero, preciosa?

—¿Para qué?

—Me tendrás que hacer un préstamo.

—Oye, si te crees que yo...

—La hija del embajador me prestará lo que quiera.

Me dijo una cosa más fea que lo de chantajista, y fue otra vez a su habitación y regresó diciendo:

—Ya tengo la pasta, canallita.

—Pues andando.

Me puse las gafas oscuras, me colgué de su brazo y empecé a andar como un hombre enfermo.

—Oye, Alex, que todavía no hemos llegado al aeropuerto.

—Es que quiero ensayar.

Viajamos en su coche.

Ella me interrogó otra vez sobre Spencer Holden y sobre Doris Burke y quiso saber la causa de que los hubiesen matado, pero yo insistí en que no se lo diría y me estuvo insultando casi todo el camino.

Al fin llegamos al aeropuerto Kennedy.

Allí había tanta gente como si fuese de día.

Iniciamos la representación. Papaíto enfermo con hija muy sana. Llegamos cerca de la taquilla donde expedían los billetes y entonces descubrí a Norman Burton.

Hice girar rápidamente a Joan.

—¿Qué te pasa, Alex?

—Enemigo a la vista.

—¿Por dónde?

—Por la proa. Ahora por la popa.

Ella se tocó el trasero.

—Cuidado, Joan, disimula.

—Es que instintivamente me toqué ahí porque recordé el pellizco que me soltaron hace poco en un baile estudiantil.

—Este baile es mucho más importante.

Estábamos al lado de una columna.

—Te espero aquí, Joan. Saca rápido ese boleto.

—Sí, papaíto.

Se puso de puntillas, me besó en la comisura de la boca y fue a comprar el boleto.

Miré de reojo, por encima de las gafas, hacia el lado donde había visto a Norman Burton. Seguía allí observando a los pasajeros. Estaba rindiendo al máximo debido a la muerte de Spencer Holden. Eso es lo que pasa siempre. Cuando una muerte ocurre, el policía de servicio está más atento que nunca para que no se repita. Una auténtica paradoja, porque cuando asesinan a un tipo en un sitio, es muy difícil que asesinen por segunda vez poco tiempo después.

Y justamente ahora Norman Burton me estaba mirando.

Eché a andar hacia los lavabos que tenía al frente.

Si Joan regresaba a la columna antes que yo, esperaría al no encontrarme.

Abrí la puerta y pasé al interior.

No había nadie.

Fui al lavabo que había al final y abrí el grifo. Me puse a lavarme las manos.

Entonces la puerta del fondo se abrió y pensé que era Norman que me había visto entrar.

Pero no era Norman. Era un tipo alto, con gafas oscuras, muy grandes, y cuadradas. Y llevaba sombrero y abrigo de color negro.

Aposté mi dinero a que era el tipo que había visitado antes que yo a

Doris Burke en el hotel Florida.

Y aposté el resto de mi dinero, del préstamo de Joan, a que sería el asesino de Spencer Holden y que, en pocas horas, visitaba el aeropuerto Kennedy por segunda vez.

Y también sería el tipo que me envió las chufas cuando yo salí del hotel Florida y me tuvo como un sapo en la calle, hasta que apareció el taxi salvador.

Dejé de mirarlo y miré mis manos. Pensé seguir las lavando durante un par de años más, hasta que se me cayese la piel.

—Usted —dijo.

Yo tosí como un viejo. Ya no era el papá de Joan Foster. Era el abuelito.

—Usted, señor Kerrigan —habló otra vez—. ¿Me está oyendo?

Yo tenía una sordera terrible. Me sacudí la oreja para indicarle que no oía nada.

—Ahora me va a oír mejor —dijo.

Lo miré de reojo y vi que sacaba una pistola con silenciador. Una tremenda «Luger» con la que podía partir en dos a un hombre. Y ahora me iba a partir a mí.

CAPÍTULO VII

Estaba claro todo.

El tipo me había seguido hasta la casa de Joan, y nos había visto salir juntos, y había continuado la persecución hasta el aeropuerto. Y de nada había valido el truco del papaíto enfermo con hija muy sana.

—Espere un momento —dije.

—¿Ya recuperó el oído?

El estaba muy lejos, junto a la puerta, y yo estaba al otro extremo de la habitación, que era rectangular. Ni con patines hubiera podido llegar a su lado antes de que me disparase por lo menos tres veces.

—No pasa lo que usted cree —dije.

—¿Y qué es lo que yo creo?

—Usted cree que yo sé lo que usted sabe.

—¿Y qué es lo que yo sé?

—Usted sabe lo que yo no sé.

Se echó a reír.

Era un tipo estupendo. Tenía sentido del humor. Yo también reí como si estuviésemos en una fiesta.

Pero hizo un ruidito con su risa que me dejó helado. Era la risa de un tipo que estaba como una cabra.

Lo suyo era matar y, aunque tenía sentido del humor, no estaba acostumbrado a reír chistes. Eso era lo que le pasaba.

Pero si yo contaba chistes durante tres o cuatro años, él estaría en condiciones de reír sin producir aquel ruidito tan estremecedor y que le convertía en insociable.

—Oiga, amigo —le dije—, estoy huyendo.

—¿Ah, sí? No me diga.

—Quiero decir que me escapo de Nueva York. Me voy a Europa.

—La vieja Europa. Yo estuve allí.

—¿Matando a quién?... Oh, perdón, no quise decir eso.

—Estuve allí durante la guerra.

—Entonces se debió poner las botas. Ya me volví a equivocar.

—Sí, señor Kerrigan. Maté a muchos. Yo era muy jovencito

entonces. Entré en contacto con la Resistencia Francesa. Hicimos buenos trabajos allí. Sensacionales trabajos.

Por primera vez en mi vida, sentí pena de los guerreros alemanes. No había sido bueno para ellos tener a aquel tipo enfrente, con una buena metralleta y una buena ración de bombas de mano. Apuesto a que él había organizado una carnicería por su cuenta.

Eché a andar simulando que me temblaban las piernas y con la voz tartamudeante.

—Amigo... le juro... que me voy a Europa... No quiero saber... nada de nada...

—¿De qué?

—De Nueva York.

—¿Y de qué más?

—De Los Angeles.

—¿Y de qué más?

—De Marilyn Monroe.

—Ya lo dijo, amigo. Ya lo dijo y se la ganó.

Me habría pegado un tiro. Me lo habría pegado como me llamo Alex Kerrigan y, si no me lo pegó, no fue por el salto que yo di.

Lo que ocurrió fue que la puerta fue abierta por alguien y golpeó contra el matón y le hizo perder el equilibrio y, además de perder el equilibrio, perdió la serenidad.

Yo terminé de dar el salto y me lo llevé conmigo, atrapándole por el brazo.

El viejecito que entraba era auténtico. Vi su cara a planos rápidos porque yo estaba dando vueltas con el asesino. Quizá estaba asombrado porque, al abrir la puerta, hubiese ocasionado tanto jaleo, y se asombró más cuando oyó un taponazo. Y es posible que él pensase que el carnicero y yo estábamos luchando por abrir una botella de champán.

La bala cumplió su objetivo. La de matar.

Siempre hay un perdedor y esta vez fue el carnicero. Se lo tenía ganado. Por malo.

Pero lo sentí. Palabra que lo sentí porque yo había deseado que durase al menos un minuto para hacerle cantar.

Ya dije que aquella «Luger» era capaz de partir a un hombre por la mitad. El proyectil se incrustó en su barbilla y, desde aquel momento, el carnicero pasó a ser el hombre sin barbilla y sin boca y

sin nariz y hasta sin gafas. Era una verdadera porquería de tipo. El viejecito seguía en su sitio pero ahora había un charco a sus pies. Me levanté rápidamente y, al pasar por su lado, le di una palmada y le dije:

—Hay un cuarto desocupado.

Entró tambaleándose y confundido, y no esperé a ver lo que le iba a pasar allí dentro, porque Joan ya me estaba esperando junto a la columna.

—¿Qué pasó, Alex? —preguntó.

—Un retortijón súbito. ¿Tienes el boleto?

—Sí.

—Dámelo.

—Aquí lo tienes.

—¿Cuándo sale el avión?

—Han anunciado el vuelo. Creí que lo perderías. Puerta número 5.

—Eres un ángel.

No vi a Norman, y Joan me acompañó hasta la puerta número 5. Le di un beso en la boca, una palmada en la mejilla y me aparté de ella.

No pasó nada y me metí en el avión.

El asiento contiguo estaba vacío.

Seguía con mis gafas oscuras pero me quité el sombrero.

Deseé con todas mis fuerzas que el avión emprendiese el vuelo antes de que se armase el jaleo en el aeropuerto con la nueva víctima, el tipo que se había quedado sin cara, aunque esperé que el viejecito tardase bastante en reaccionar, como un par de horas, o que no pudiese dar una pulgada de mi descripción.

Alguien se sentó a mi lado.

Miré al pasajero. Era Joan.

—Maldita sea, ¿qué haces aquí? —rezongué.

—Compré otro boleto.

—¿Por qué?

—Porque quiero ir contigo.

—No te necesito.

Me besó en la mejilla.

—Papaíto, estás muy enfermo —bajó la voz—. Acaban de descubrir al del retortijón.

—¿Qué?

—Menuda la armaste. No debí dejarte solo. He oído decir que encontraron a un hombre sin cara.

—Él quiso dejarme a mí sin corazón.

—Lo supongo.

—En serio, Joan. Baja.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué va a ser? Me detendrán como cómplice de un asesino.

—Yo no soy un asesino.

—¿Y cómo vas a probarlo?

Tenía razón. La policía me podía detener bajo la acusación de haber matado al carnicero. Y no se debe matar a nadie. Está prohibido por la ley, y demostrar que había sido en defensa propia me llevaría algún tiempo.

—Si interrumpen este vuelo, no podré ir a Los Angeles en mucho tiempo, Joan.

—Yo iré por ti. Anda, dame la información.

—No, Joan. No hay información.

—Eres un testarudo.

En aquel momento la azafata dijo las palabras mágicas.

—Por favor, señores pasajeros, vamos a despegar. Abróchense los cinturones.

Nos abrochamos los cinturones.

El avión empezó a deslizarse en busca de la pista de despegue.

Joan se cogió de mi brazo.

—No me puedo acostumbrar. Cada vez que inicio un viaje en avión, se me hace un hueco en el estómago.

—Cierra los ojos y apoya tu cabeza en mi hombro.

Se apretó contra mí.

Llegamos sin novedad a la vista de despegue y entonces nos detuvimos.

Yo estaba esperando que, de un momento a otro, dijesen: «Señores pasajeros, ha ocurrido una emergencia. Volvemos al punto de partida».

Pero eso no llegó a ocurrir.

El avión empezó a correr.

Poco después nos levantamos del suelo.

Besé a Joan en la frente.

—Ya puedes abrir los ojos.

Los abrió y se me quedó mirando.

—Joan, ¿qué va a decir el Viejo cuando sepa que no estás en Nueva York?

—Le llamaré desde Los Angeles anunciándole que he seguido sus instrucciones.

—¿Cuáles eran?

—Que te buscase y que te encontrase. Y si tú te fuiste a Los Angeles, yo me he tenido que ir a Los Angeles.

Nos desabrochamos los cinturones.

Ya estábamos volando por la ruta hacia el Pacífico.

—Alex, ¿no crees que debes decírmelo ahora, antes de que me vaya a dormir?

Comprendí que tenía que contárselo ahora. Había demasiadas víctimas en aquel asunto. Y el asesino que había tratado de matarme y que, probablemente, era el que había matado a Spencer Holden y a Doris Burke, ya estaba muerto.

—Está bien Joan. Te diré por quién voy a Los Angeles.

—Debe ser alguien importante.

—Marilyn Monroe.

—Sí, ya decía yo que era muy importante —contestó y después de haber dicho aquello, se dio cuenta del nombre que yo había pronunciado y su rostro se demudó.

Le apreté las manos.

—Ya puedes dormir, Joan.

Palabra que no durmió.

CAPÍTULO VIII

Ya estábamos en Los Angeles.

Nos alojamos en el hotel Victoria, como el matrimonio Meredith. Era el apellido de mi madre.

Joan se había querido meter en el lío, aunque yo la quise apartar, y, cuando tomamos tierra, me arrepentí de habérselo contado todo. Pero no podíamos retroceder.

El hotel Victoria no era muy bueno en su clase. Le faltaba de todo. Presentación y servicio. Pero nosotros no habíamos ido allí en viaje de luna de miel.

Sin embargo, apenas nos encontramos en la habitación a solas, Joan me echó los brazos al cuello y dijo:

—Al fin solos.

—Eres una chica la mar de divertida —repuse—, pero tenemos que trabajar.

—Pues a la faena —dijo ella y me dio un beso de tornillo.

La aparté de mí.

—Joan, yo no soy un santo.

—Qué descubrimiento.

—Lo que quiero decir es que no me comprometas porque no me pienso casar contigo.

—Cariño, ¿olvidas que ya soy tu esposa?

—Eres mi esposa de pega, Joan.

—¡Traidor!

Le puse las manos en los hombros y me dispuse a hablarle al camarada.

—Joan, dejamos tres víctimas en Nueva York. Y estamos en el avispero.

—Me compraré una tela metálica para cubrirme la cabeza.

—Las balas rompen las telas metálicas. Te vas a quedar aquí.

—Oh, no, de ninguna forma me quedaré sola.

—Es necesario. En este momento no sé si el carnicero que murió en los lavabos del aeropuerto llegó a avisar a su jefe de que yo estaba en marcha. Si lo hizo, me habré convertido en el tipo más

indeseable para ellos, y no escatimarán plomo para cazarme como a un conejo, y si tú estás a mi lado en el momento de la caza, también serás una pieza a cobrar. Te quedas, Joan.

—Está bien. Dale un beso a tu conejita.

Le di un beso y salí de allí.

Le pregunté al del registro por una casa de autos de alquiler. Había una cerca.

Poco después yo manejaba un «Ford» modelo del año anterior y me dirigí a San Bernardino.

El número 432 de la calle Laurel era una casita muy mona, con jardín.

Un tipo de unos sesenta y cinco años estaba podando unos rosales.

Salté del coche, entré en el jardín y dije:

—Buenos días.

El tipo me miró.

—Tenemos de todo.

—Yo no vendo nada.

—¿Y quién es?

—Alex Kerrigan. Un amigo de Doris Burke.

—¿De quién?

—De Doris Burke.

—No sé quién es.

—Ella vivió aquí hace unos años.

—Oh, sí, ya recuerdo... Perdona, pero soy un poco desmemoriado.

Sólo me intereso por las faenas de la casa y los programas de televisión. Sí, Doris Burke vivió aquí, pero se fue hace más de tres años. Yo le compré la casa a ella.

Miré a derecha e izquierda, donde había otras casas parecidas a la que me encontraba.

—¿Cuánto tiempo vivió Doris en esta casa?

—Unos siete u ocho años.

—Tendría amigas.

—No se lo pregunté. Yo le compré a Doris la casa en un par de días y no me interesaban sus amistades. Soy casado. Mi nombre es Charles Kelly. Mi esposa Muriel está dentro, viendo la TV. No tenemos hijos. No los hemos echado de menos y tampoco echamos de menos a los amigos. Vivimos en paz.

Había creído que dar con Anne, la mujer que le había escrito a

Doris Burke, sería cosa fácil, pero ya se habían torcido las cosas.

—Ustedes sabrán los nombres de los vecinos, ¿eh, señor Kelly?

—Es inevitable que los hayamos sabido.

—¿Quiénes son los vecinos de la derecha?

—Los Antillana, mexicanos.

—¿Y los de la izquierda?

—El matrimonio Ferguson.

—¿Anne Ferguson?

—No, Gloria Ferguson.

—Pero los Ferguson tendrán una hija que se llame Anne.

—Los Ferguson no tienen ninguna hija. Sólo tienen un hijo, Robert, y está haciendo el servicio militar en la Armada.

—Oiga, señor Kelly, concretamente estoy buscando a una amiga de Doris Burke que se llama Anne.

—No le puedo ser útil, señor Kerrigan. No conozco a esa Anne.

—Gracias de todas formas.

—No hay de qué.

Salí del jardín como si me hubiese quedado vacío. Me detuve junto al coche y me apoyé en un guardabarros. Encendí un cigarrillo y fumé profundamente. El asunto estaba acabado. ¿Dónde diablos iba ahora para encontrar a Anne? ¿Cuántas mujeres habría en San Bernardino que se llamasen Anne? Las habría por miles. No, no podría ir a sacar una lista del centro de las Anne y ponerme a preguntar a todas ellas: «¿Es usted Anne, la amiga de Doris Burke?». Maldito fuese. Podía haber traído una información extra de Nueva York. La que me hacía falta. El nombre del representante artístico de Doris Burke, y eso quizá lo sabía Frank Oliver, el imitador de estrellas.

Volví a entrar en el jardín.

—Señor Kelly, quiero pedirle un favor.

—Diga.

—Quiero hablar con Nueva York. Desde luego le pagaré la conferencia. El asunto es grave.

—Hay muchos teléfonos por ahí.

—Es que no puedo perder el tiempo.

—Está bien. Pase conmigo.

Entré en la casa. Una mujer de la misma edad que Charles Kelly estaba viendo la televisión. No nos dedicó una mirada de atención.

Estaba muy interesada en cómo el chico conquistaba a la chica. Charles me hizo entrar en un pequeño despacho donde estaba el teléfono.

Descolgué y en un minuto tuve el número del club La Orquídea.

En Nueva York, Frank Oliver estaría en su camerino o actuando en el escenario, debido a la distinta hora.

Oí la voz chillona de un hombre.

—Quiero hablar con Frank Oliver.

—¿Quién es usted?

—Dígale que soy un amigo de Marilyn. Sólo eso. Un amigo de Marilyn.

Tuve que esperar unos minutos y escuché la voz de Frank Oliver.

—¿Quién llama?

—Soy Alex Kerrigan, señor Oliver.

—Demonios, señor Kerrigan, ha corrido mucho. La policía estuvo aquí preguntando por usted. Pero le dije muy poco.

—Buen chico, Frank. Oiga, estoy en la casa que fue de Doris Burke. No saben nada de ella. Trato de encontrar a Anne, una amiga de Doris. ¿Le habló Doris de ella?

—No.

—Ya lo suponía, pero dígame, Frank. ¿Sabe el nombre del agente artístico de Doris Burke aquí en Los Angeles?

Esperé como un condenado a muerte espera su sentencia.

—Se llama John Cotten —dijo Frank—, y hasta le puedo dar su dirección. Avenida de los Álamos, 434, novena planta. Pero tenga cuidado. Es un tipo que se la juega al mismo diablo. También me la jugó a mí hace algunos años.

—Gracias, Frank. Un ruego. Yo no le he llamado desde ninguna parte.

—No se preocupe, amigo de Marilyn.

Colgué.

Quise pagar la conferencia, pero el señor Kelly negó con la cabeza.

—No tiene importancia.

Le agradecí el detalle.

Cuando salí del despacho, vi que la señora Kelly estaba embelesada, viendo cómo el chico besaba a la chica.

El 434 de la Avenida de Los Álamos era un edificio de 20 años atrás, donde se alojaban toda clase de profesiones desde dentistas

hasta consejeros sentimentales, pasando por siquiátras.

Fui directamente a la novena planta.

En la puerta había un gran cartel en que se decía: «John Cotten, el descubridor de estrellas».

Empujé la puerta y me encontré en una pequeña sala donde una pelirroja aporreaba una máquina de escribir. Al mismo tiempo, trataba de mordisquear una manzana. Era mona, aunque nunca cumpliría ya los veinticinco años.

Me miró mientras pegaba un mordisco a la manzana y preguntó:

—Conquistó a viudas con mucho dinero y, cuando las gasto algún tiempo, enviudo yo.

Cuando se dio cuenta de que era un chiste, tragó los trocitos de manzana y soltó una carcajada.

—Qué chiste más bueno. Nunca lo había oído.

—Lo acabo de inventar.

—¿Inventa siempre así de rápido?

—Siempre. Su jefe no habrá encontrado nunca un presentador de espectáculos como yo, John Brown.

Me miró de pies a cabeza y dijo:

—Quizá los haya más graciosos, pero no tan guapos.

—Necesito hablar con su jefe rápidamente. Me falló la última viuda.

No tenía un centavo.

De nuevo rió y dijo:

—Veré si lo recibe.

Desapareció por una puerta del fondo.

Las paredes estaban llenas de fotografías de artistas pero casi ninguno había sido famoso.

Sólo había una de Clark Gable, pero estaba claro que John Cotten la tenía para presumir.

Mis ojos se detuvieron en una de aquellas fotografías. En ella aparecían una veintena de chicas, todas rubias, todas sofisticadas, y muchas de ellas tenían un poco o mucho parecido con Marilyn Monroe. Pero la razón era sencilla. Arriba, sobre las muchachas, había un gran cartel en el que se leía: «Concurso para elegir una nueva Marilyn Monroe 1959».

CAPÍTULO IX

Estaba observando a las chicas de la amarillenta fotografía cuando salió la pelirroja.

—Mi jefe lo recibirá, señor Brown.

Le obsequié con una sonrisa y entré en un despacho.

Tras una mesa había un tipo que mascaba un puro. Su piel me recordó la de los lagartos.

Me estrechó la mano.

—Señor Brown, ha venido al sitio justo, si usted pretende introducirse en el mundo del espectáculo.

No me dejó hablar. Continuó diciendo:

—Imagino que usted habrá trabajado en su emisora local o en su club local, en su pueblo, y habrá cosechado muchos éxitos. Y usted pensó en Hollywood, pero no se dio cuenta de algo. De que Hollywood es el ombligo del espectáculo mundial. Uno puede poseer cualidades excepcionales entre los amigos. Pero aquí no se va a encontrar entre amigos. Millones de personas enjuiciarán su trabajo y ninguno de ellos es la amiguita con la que usted iba de picnic o el muchacho con el que usted jugaba a los bolos.

Tomó aire para seguir hablando, pero yo no podía perder más tiempo.

—Doris Burke.

Fue un buen freno.

Se quedó con la boca abierta y con el puro en la mano. Cuando se dio cuenta de ello, le pegó un mordisco al puro.

—¿Qué infiernos quiere, señor Brown?

Tenía un periódico abierto sobre la mesa y, naturalmente, en él habría leído la muerte de Doris Burke.

—¿Es de la policía? —rezongó.

—Casi.

—¿Qué quiere decir casi?

—He venido a hablar con usted amistosamente, así que dejemos el protocolo.

—Creo que voy a llamar a la policía.

—No lo haga.

—Deme una razón.

—Estoy buscando al asesino de Doris Burke.

Entornó los ojos.

—Usted no es John Brown.

—No.

—Se llama Alex Kerrigan.

—Sí.

—¿Y quiere que yo le ayude?

—Sí.

Señaló el periódico.

—Ahí dice que usted fue el último en ver a Doris Burke.

—Fui el primero en verla muerta.

—Dígalo a la policía.

—Oiga, Cotten, ¿cree que si yo hubiese matado a Doris Burke estaría aquí? Y hágase otra pregunta: ¿Por qué habría de matarla? Yo nunca conocí a Doris Burke. Jamás hablé con Doris. Fui a su hotel precisamente para sostener una charla con ella, pero ya la habían liquidado. Para su tranquilidad, debo decirle que el asesino también lo pagó. Pero era un hombre a sueldo, y estoy buscando a su patrón, al tipo que le pagaba. Ése fue realmente quien mató a Doris Burke.

Se quitó el puro de la boca.

—¿Qué quiere saber?

—Usted representaba a Doris Burke.

—La representé, pero dejé de hacerlo.

—¿Por qué?

—Doris Burke era una cantante mediocre. Siempre lo fue. Pero le conseguí contratos mientras tuvo un buen físico. Ella se empeñó en arruinarse bebiendo y bebiendo. Me costaba mucho trabajo colocarla en los espectáculos. Traté muchas veces de conseguir que renunciase al alcohol, pero no había nada que hacer. Finalmente, me la quité de encima mandándola a la Costa Este. Ahí lo tiene todo. No es ningún misterio.

—¿Por qué la mataron entonces?

—No lo sé.

—Doris Burke tenía amigas.

—Muy pocas.

—Entre las pocas había una que se llamaba Anne. ¿La recuerda?

Cotten se rascó una oreja.

—¿Anne?

—Sí, Anne.

—No, no recuerdo que Doris Burke tuviese una amiga que se llamase Anne.

Otra vez estaba al final del camino. De nuevo me encontraba ante el muro.

—Ahí fuera tiene una fotografía, Cotten. Me refiero concretamente a un concurso que se celebró en 1959 para encontrar la chica que más se pareciese a Marilyn Monroe.

—Oh, sí, yo presenté a un par de chicas. Por esto está la fotografía.

—¿Ganó alguna de sus representadas el premio?

—No, sólo una pasó a la final. Figura en el grupo.

—¿Cómo se llamaba?

—Jane Morgan pero no la busque en San Bernardino. Se casó con un teniente. Estuvieron una temporada en el Vietnam y ahora están en Europa, en una de nuestras bases. Tienen tres hijos. La chica me aprecia bastante y me escribe de vez en cuando.

—¿Quién ganó el premio?

—No lo sé. Desde luego no eran ninguna de mis representadas.

—¿Quiénes organizaron el concurso?

—Oiga, ¿qué tiene que ver eso con Doris Burke?

—Conteste. ¿Quiénes organizaron el concurso?

—Fue cuenta de Clark Malden.

Había oído hablar de Clark Malden. Poseía una de las tres agencias artísticas más potentes de los Estados Unidos. Tenía oficinas en Nueva York, y en otras ciudades de los Estados Unidos y hasta en capitales europeas.

Le di las gracias y me dirigí hacia la puerta. Antes de salir me volví.

—Señor Cotten, no me gustaría que avisase a la policía para anunciarles mi visita.

—No me gustan los líos con la policía. Deje de preocuparse por esa llamada. No la haré.

—¿Ya lo contrató mi jefe? —dijo la pelirroja.

—No, todavía no. Estoy tierno.

Clark Malden tenía su propio edificio y había sido construido recientemente. Era un conglomerado de cemento, piedra cara y

mucho cristal.

El señor Malden disfrutaba de una gran posición que le permitía tener cuatro recepcionistas, y las cuatro eran hermosas y llamativas, y ninguna coincidía con el color del cabello. Para eso estaban las pelucas. Había una rubia platino, una morena azabache, una con llamaradas de fuego sobre su frente, y una con un pelín muy corto, a lo muchacho.

La rubia platino me hizo una señal.

—Quiero ver al señor Malden —dije.

—¿Está citado?

—No.

—Entonces, me temo que tendrá que esperar unos días. Deme su nombre, su número de teléfono y el motivo de su visita.

—Me llamo Monroe. Richard Monroe. No puedo darle mi número de teléfono porque estoy aquí de paso. En cuanto al motivo de mi visita, soy el hermano de Marilyn Monroe.

Me miró con sorpresa.

—Sí, ya sabe, la actriz que murió...

Me miró sorprendida y yo le sonreí.

—Estaré muy poco en la ciudad, señorita —miré su nombre en la placa de la mesa—, señorita Allison, ¿quiere hacer el favor de anunciarme a su jefe ahora?

Titubeó unos instantes, pero no echó mano a uno de los cuatro teléfonos que tenía a su disposición. Se levantó y dijo:

—Un momento.

Desapareció por una puerta y yo esperé mirando a las otras chicas.

Dos de ellas estaban atendiendo a distintas personas.

La rubia platino regresó al cabo de unos minutos.

—El señor Malden lo recibirá.

—Muy amable.

—Venga conmigo.

Recorrimos un largo pasillo con puertas a los lados. Hombres y mujeres entraban y salían.

Finalmente, llegamos a una puerta que se abría electrónicamente.

—Pase.

Ella se retiró y yo entré en un amplio despacho con una mesa semicircular.

Un hombre muy elegante, de cabello canoso, estaba observando la

calle.

—Buenos días —dije.

Se volvió. Tendría unos cincuenta años y estaba bien rasurado, ojos verdes, nariz recta y labios gruesos.

—La señorita Allison me ha dicho que es usted Richard Monroe.

—Pero usted sabe que yo no puedo ser Richard Monroe.

—¿Por qué había de saberlo?

—En primer lugar, el nombre verdadero de Marilyn Monroe era Norma Jean. Marilyn le fue elegido por Ben Lyon, el hombre que, según ella, la descubrió, un antiguo actor que trabajaba para la Fox. Monroe era el apellido de la madre de Norma. De modo que el nombre salió de una colaboración entre Norma Jean y Ben Lyon. Y Marilyn Monroe, como Norma Jean, tampoco tuvo nunca un hermano. La madre de Norma, Gladys, tuvo una hija ilegítima de un compañero de trabajo, un tal Stanley Gilford, y ésa fue Norma Jean, la futura Marilyn Monroe.

—¿A qué viene eso? Pude recibirlo con su verdadero nombre. ¿Cuál es?

—Alex Kerrigan.

Sacudió la cabeza.

—Alex Kerrigan, del Star de Nueva York.

—Sí, señor Malden.

—Me desconcierta, señor Kerrigan. ¿Por qué está haciendo todo esto?

—Por una triple muerte.

—He leído los periódicos. Efectivamente, han muerto varias personas en Nueva York y todas han estado relacionadas con usted. Un viejo periodista... Una cantante... Son dos muertes.

—Son tres. Murió otro tipo en el aeropuerto Kennedy. El segundo en el mismo día.

—¿Quién?

—Era un desconocido para mí. Pero estoy seguro de que fue él quien mató a Spencer Holden y a Doris Burke.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo, señor Kerrigan?

—Estoy siguiendo una pista, señor Malden, y ella me ha conducido a un concurso que usted organizó.

—He organizado muchos concursos, señor Kerrigan. Los organizo por cuenta de patrocinadores. Son los que pagan. ¿A cuál se refiere

concretamente?

—A uno que se celebró en el año 1959.

Hizo un gesto de asombro.

—Son muchos años. Tendremos que buscar en el archivo.

—Debe recordar ese concurso sin necesidad de recurrir al archivo. Fue organizado para encontrar a la mujer que más se pareciese a Marilyn Monroe.

Se movió hacia la mesa y, al llegar al borde, apoyó las manos en ella. Me miró fijamente.

—¿Qué le interesa de ese concurso?

—¿Quién lo ganó?

—No lo recuerdo... Hace tanto tiempo... ¿Lo ve, señor Kerrigan? Tendremos que recurrir al archivo.

Apretó un timbre y, al cabo de unos instantes, se abrió una puerta y apareció un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro impasible, y ojos negros que miraban con frialdad.

—¿Sí, señor Malden?

—Nuestro visitante es Alex Kerrigan, periodista del Star, de Nueva York. Nos ha pedido un dato. El nombre de la ganadora del concurso que se celebró en 1959 para elegir a la mujer que más se pareciese a Marilyn Monroe.

El tipo me miró y luego miró a Malden.

—Vuelvo enseguida, señor Malden.

Clark Malden me alargó una caja de cigarrillos.

—No, gracias —dije—. Fumaré de los míos. ¿Recuerda quién patrocinó aquel concurso, señor Malden?

—Desde luego. Un fabricante de productos para la belleza de la mujer. Douglas Brenson. No tenía otro objeto que el de dar publicidad a sus productos.

—¿Y qué premio había para la ganadora?

—Lo que es usual en estos casos. Un automóvil, un premio en metálico, probablemente un par de miles de dólares y, desde luego, una prueba cinematográfica por parte de unos estudios. Pero realmente no existía ningún compromiso por nuestra parte para un futuro lanzamiento de la ganadora. Los concursos organizados para encontrar dobles de estrellas famosas han fracasado. Naturalmente, me refiero al futuro de las ganadoras. En cada época se han buscado dobles a Jean Harlow, a Greta Garbo, a Rita Hayword. Y también se

la buscaron a Marilyn Monroe. Es una manera de promocionar un producto determinado. Uno aprovecha la aureola de celebridad de la estrella que se elige como modelo... Pero esas estrellas son únicas y por eso llegaron a la cumbre. Es una estupidez, desde el punto de vista profesional, buscar una imitadora. Nadie en su sano juicio colocaría su dinero en una mujer que se pareciese a otra que está en lo alto. Uno debe colocar su dinero en aquella artista que, reuniendo condiciones, sea completamente distinta a la que en ese momento esté en la cumbre. Es de esa contradicción de donde debe nacer la nueva estrella, totalmente opuesta a la que goce del favor del público.

Comprendí por qué Clark Malden había llegado tan alto. Era un buen conocedor de su oficio.

Sonrió al comprobar el efecto que me producían sus palabras y agregó:

—Yo baso mi práctica profesional en esa teoría, y nunca ha dejado de darme resultados. He descubierto más estrellas que ningún otro agente artístico de Hollywood en la última década. Y gracias a mí, el cine tiene hoy distintos tipos masculinos y femeninos. Nunca Hollywood se ha encontrado con un plantel de estrellas para elegir. Fui yo quien impuse el nuevo sistema.

El tipo del rostro impasible entró.

—¿Lo tienes ya, Max? —preguntó el descubridor de estrellas.

—Sí, señor Malden. El nombre de la ganadora de aquel concurso era Grace Tyler, de veinticinco años, soltera. Nacida en Jackson, Florida. Sus padres murieron siendo niña.

Ya no dijo nada más.

—¿Qué fue de Grace Tyler? —pregunté.

Malden fijó sus ojos en los míos.

—No hizo carrera en el cine, si es a lo que se refiere.

—Quisiera ver a Grace Tyler.

—Me temo que no le podremos ayudar. Ya le he dicho cuál era mi intención en aquel concurso. Quiero decir que yo no tenía la idea de explotar a esa chica cinematográficamente. Y puede tener la seguridad de que no me ocupé de una manera especial de Grace Tyler. Ella ganó el concurso y se acabó.

—¿Puedo hablar con la persona de su organización que se ocupó personalmente de Grace Tyler?

—Fui yo —contestó Max.

—¿Qué pasó con Grace Tyler después que ganó el concurso?

—Yo mismo le hice la prueba cinematográfica.

—¿En qué estudios?

—En unos particulares. Pero la prueba no dio resultado. Grace Tyler no tenía la menor idea de la interpretación. Pero eso ya lo esperábamos, de modo que terminamos con la chica.

—¿Y qué se hizo de ella? —insistí.

Habló otra vez Malden.

—Señor Kerrigan, creí que ya sabría que esto es un negocio. Si Grace Tyler no servía, le dimos a cambio dinero y una relativa fama. Era asunto suyo sacar producto de aquella popularidad. Pero le diré algo. La mayoría de esas chicas que ganan concursos terminan mal, quiero decir en espectáculos baratos. Hay agentes artísticos desaprensivos. Probablemente uno de ellos cogería a Grace Tyler y la exhibiría por el país, presentándola como la nueva Marilyn. Pero ésa no era nuestra manera de actuar. Nunca lo ha sido. Para nosotros, el caso Grace Tyler terminó cuando ganó el concurso. Le repito que yo no tenía la menor intención de lanzarla al estrellato, y le he explicado por qué.

—Bien, señor Malden. Me ha convencido.

Me sonrió amistosamente.

—Celebro haberle servido de ayuda.

—Le quiero pedir otro favor.

—¿Cuál?

—Una fotografía de Grace Tyler.

Su sonrisa ya no fue tan amistosa. Miró a Max.

—¿Disponemos de esa fotografía?

—Sí, señor Malden.

La llevaba en el bolsillo. Primero se la entregó a Malden y éste, después de examinarla, me la pasó a mí.

Vi a Grace Tyler. Sí, se parecía a Marilyn Monroe como una gota de agua a otra gota de agua. Naturalmente, la habían maquillado como era Marilyn Monroe en aquella época, en 1959. Me hizo recordar su película Con faldas y a lo loco. Al año siguiente, 1960, Marilyn rodó Vidas Rebeldes y aquella Marilyn ya no se parecía tanto a Grace Tyler.

—Sólo falta una cosa —sugerí.

Los dos enarcaron las cejas, esperando lo que yo iba a decir.

—Quisiera la dirección que tenía Grace Tyler en aquel entonces.

—Vivía en una pensión —respondió Max—. La de Mary Sheridan, calle Lincoln, 332.

—Gracias por todo.

Salí del despacho y, cuando llegué al aparcamiento, me metí en el coche y quedé un rato pensativo.

¿Dónde estaba Grace Tyler?

Maldito fuese aquel asunto. ¿Era Grace Tyler a quien habían visto por cualquier calle de cualquier lugar, y por eso alguien dijo que Marilyn Monroe estaba viva? Pero, si las cosas habían pasado así, ¿por qué habían matado a Spencer Holden y a Doris Burke? ¿Por qué habían puesto en marcha al asesino que me envió las balas y que terminó perdiendo la cara en los lavados del aeropuerto Kennedy?

Me fui a la pensión de la señora Sheridan. Y cuando llegué, creí que la tierra se hundía bajo mis pies, porque el número 332 de la calle Lincoln, era un solar.

CAPÍTULO X

El número 330 era un almacén de juguetería. Quise ver al dueño. Se llamaba Dick Nolan.

—Sí, amigo, ahí hubo durante años una pensión, la de Mary Sheridan. Le compraron la casa el año pasado. Una inmobiliaria. Quieren construir un moderno edificio para oficinas.

El señor Nolan parecía un hombre simpático.

—Quisiera hablar con Mary Sheridan.

—Creo que podré dar con ella.

—Me hará un gran favor.

—Mary Sheridan y yo teníamos un amigo en común. Quizá él sepa dónde está Mary Sheridan en estos momentos. Le haré una llamada. Entró en una oficina. Hizo su llamada y al cabo de un rato salió.

—Encontraré a Mary Sheridan en el hotel Baltimore, de Sunset Boulevard.

Media hora más tarde, yo estaba en el hotel Baltimore y resultó fácil llegar hasta Mary Sheridan, una mujer de unos cincuenta años, bastante miope.

Fui directo al asunto.

—Señora Sheridan, estoy buscando a Grace Tyler.

—¡Dios mío, Grace Tyler!

—¿La recuerda?

—Claro. Ganó un concurso, pero eso fue hace muchos años. La eligieron como la mujer que más se parecía a Marilyn Monroe.

—Sí, señora Sheridan. Es la misma Grace Tyler que trato de encontrar.

—Pues no le puedo decir mucho, porque Grace desapareció.

—¿Qué quiere decir con que desapareció?

—Bueno, no se marchó enseguida. Estuvo un par de años en mi pensión, después de haber ganado el concurso. Tomó parte en algunos espectáculos.

—¿Qué espectáculos?

—Hay una persona que le informaría a usted mejor sobre eso.

—¿Quién?

—Annie Morris.

Algo como una fresca brisa me acarició la cara.

—Verá, señor Kerrigan. Anne y Grace eran muy amigas. Las dos querían ser actrices de cine. Desde luego, Anne no se parecía nada a Marilyn Monroe. Grace Tyler era una chica muy reservada. Se dice ahora introvertida, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso era Grace. Introvertida. Y sólo confiaba en Anne. Como ya le dije, trabajaron juntas durante algún tiempo.

—¿Y dónde está Anne?

—Trabaja en el club El Gato Negro.

—¿Qué hace allí?

—Bajó mucho la pobre Anne. Ahora es camarera.

—Una pregunta, señora Sheridan. ¿Tuve usted en su pensión a Doris Burke?

—Sí, también estuvo conmigo. Era amiga de Anne, pero no se llevaba muy bien con Grace Tyler.

Por su forma de hablar, supe que no había leído el periódico y que no estaba enterada de la muerte de Doris Burke, pero yo no estaba interesado en informarle del crimen.

Fui a El Gato Negro.

Un hombre que estaba en la puerta me dijo:

—Todavía no está abierto para los clientes.

—¿Y cuándo lo estará?

—Dentro de un par de horas.

Hice un gesto afirmativo y me alejé.

Entré en una cabina telefónica y marqué el número del hotel Victoria y pedí hablar con la señora Meredith. Oí la voz de Joan.

—Hola, querida, soy yo.

—Maridito, me tienes muy abandonada.

—Es necesario, cariño.

—Pediré el divorcio.

—Es una buena idea.

—¡Pero antes te estrangularé!

—Entonces no necesitarías la separación.

—¿Dónde estás?

—Un poco lejos de ti.

—Quiero ir contigo.

—Todavía no.

—Me estoy aburriendo mortalmente.

—Así me pillarás con más ganas —dije y colgué.

Había querido cerciorarme de que Joan seguía en el hotel. Un sexto sentido me advertía que estaba llegando al final del asunto. Pero, al mismo tiempo, sentía una especie de escalofrío. Algo confuso existía en mi mente. Quería aclarar esa confusión, pero no lo conseguía.

Un tipo tropezó conmigo. Fui a apartarme, pero él me cogió de la muñeca. Era casi tan alto como yo, pero mucho más feo.

—Usted es Kerrigan.

—¿Me conoce?

—Claro que lo conozco. Tenemos su descripción en la Jefatura.

—Conque es policía.

—¿No lo nota?

—No mucho. Enséñeme la credencial.

—Eh, Anders, aquí tenemos un sabelotodo.

Vi al llamado Anders. Era más bajo que el otro, con nariz muy chata.

—¿Qué pasa, Kenneth? —dijo Anders.

—Kerrigan no cree que somos policías.

—Pues que no lo crea. Se viene con nosotros.

—¿Adónde? —pregunté.

—¿Adónde va a ser? A la Jefatura. Tenemos que hacerle unas preguntas.

—¿Por cuenta de quién?

—La policía de Nueva York quiere saber de usted.

—¿Desde cuándo colaboran ustedes con la policía de Nueva York?

—No sea chistoso, Kerrigan.

—¿O empeoraré mi situación?

—Sí, la empeorará mucho.

Me habían detenido, si aquello podía llamarse una detención, en plena acera, por donde pasaba la gente.

Kenneth me soltó la muñeca y los tres nos quedamos quietos.

Me pregunté qué era lo que estaban esperando.

¿Querían que yo echase a correr? ¿Para qué? Sólo podría ser para una cosa. Para meterme un par de balas en el cuerpo.

Kenneth miró distraídamente hacia un niño y Anders se rascó una patilla y miró al cielo. Me estaban dando facilidades.

«Sí, muchacho, eso es lo que esperan de ti. Que huyas. Después de todo, eres un fugitivo. Y para ellos sería fácil decir que dispararon contra un peligroso delincuente que huía. Al fin y al cabo, ellos se atienen a las instrucciones, y, según la policía de Nueva York, tú tienes que ver con la muerte de dos personas, con la de Doris Burke y con la del carnicero del aeropuerto. Anda, escápate y no llegarás a dar ni seis pasos».

—Vamos a la Jefatura —dije.

Se miraron y Kenneth dijo:

—Está bien, Kerrigan. Camine entre los dos y no trate de escapar.

—¿Hay que caminar mucho?

—Como un cuarto de milla.

—¿Por qué no trajeron el auto?

—Tenemos el auto, pero queremos caminar.

Me eché a reír.

—Son ustedes los dos policías más originales que he conocido en mi vida.

—Ande, diga que también somos dos bastardos hijos de perra, Kerrigan.

—Ustedes se conocen mejor que yo.

Empezó a enrojecer.

—Tipo listo, ¿eh?

—No tanto como ustedes, ya que me atraparon.

—¡Deje de hablar y eche a andar, Kerrigan!

Me puse en marcha, flanqueado por los dos fulanos. Me estaba preguntando qué pasaría cuando llegásemos a la comisaría. ¿Me encerrarían en una celda después de ficharme? ¿Me retendrían hasta que apareciesen los policías de Nueva York?

Ellos estaban inquietos. Se les notaba. No les habían salido las cosas como ellos querían. Me di cuenta de algo. Si yo no había huido, podrían provocar mi fuga. Bastaría con que alguno de ellos me pegase un empujón y se derrumbaría en el suelo, gritando que yo le había pegado. Y entonces, el otro sacaría el arma. Podían hacer muchas cosas antes de que llegásemos a la comisaría. Y todas acabarían de una misma forma. Con Alex Kerrigan tendido en la calle y arrojando sangre por dos boquetes, o quizá fuesen tres, porque tenían que cerciorarse de que yo no iba a seguir buscando a Grace Tyler.

—Se me ha desatado el zapato —dijo Kenneth.

Se volvió hacia la pared y apoyó el pie derecho en el borde de un escaparate, donde se exhibían artículos de pesca.

Pero yo vi perfectamente que los cordones de sus zapatos no se habían desatado.

Estaban preparando mi masacre.

El otro sacudió la cabeza y sacó un pañuelo.

—Hoy es un día caluroso. Sí, Kerrigan, eligió el día más caluroso para que le echásemos mano —se pasó el pañuelo por la cara, pero no tenía una gota de sudor en su puerca piel.

Comprendí cuál iba a ser el próximo número. Seguro que Kenneth, que estaba agachado, se echaría sobre mí para empujarme sobre Anders, y naturalmente, lo harían de tal forma que parecería que yo era el que les atacaba.

No tenía escape. Me iban a liquidar.

CAPÍTULO XI

Hice lo que tenía que hacer. Atacarlos de verdad, aprovechando sus distintas posiciones.

Pegué con el filo de la mano en el cuello de Kenneth, que seguía agachado, y se derrumbó.

Anders empezó a mover muy aprisa la diestra hacia la axila, pero le pegué un patadón en el bajo vientre y también cayó.

Tenían bastante para un rato y eché a correr.

Torcí por la próxima esquina, antes de que hubiese oído un estampido.

Y seguí corriendo.

Algunas personas se me quedaron mirando, pero hoy día nadie da importancia a un tipo que corre. Vivimos en un mundo en que todos marchamos con prisa.

Me metí en un taxi.

—¡Mi mujer está a punto de dar a luz! —exclamé—. ¡Eche a correr!

El taxista era bueno, porque salió disparado y, en unos segundos, estuve lejos del lugar en que me había encontrado con Kenneth y Anders.

—Amigo —dijo el taxista—. ¿Dónde va a dar a luz ella?

—Lo olvidé.

—Espero que lo recuerde.

Seguimos corriendo durante unos minutos y el taxista dijo:

—Oiga, si no me lo dice pronto, sólo conseguiremos perder tiempo.

—¿Cuál es el hospital más cercano?

—El de San José.

—¡Ése es!

Me llevó al hospital de San José y le di una buena propina.

Fui a un restaurante y almorcé ligeramente, porque había perdido el apetito.

Ya habían pasado las dos horas cuando regresé a El Gato Negro.

Un tipo uniformado me saludó:

Entré en el local y hablé a una de las camareras.

—Quiero ver a Anne Morris.

—Se está cambiando. Acaba de llegar.

Me señaló una puerta.

Fui allí. Sólo vi a una chica.

—¿Anne?

Me miró.

Tenía poco más de treinta años y era hermosa. Llevaba una peluca muy negra.

—Soy el hombre que encontró asesinada a Doris Burke.

Agrandó los ojos.

—¿Usted es Alex Kerrigan?

—Sí.

—La policía de Nueva York dice que usted la pudo matar.

—Pero usted sabe que yo no la maté.

—¿Que yo lo sé?

—No podemos perder el tiempo, Anne. Hace un rato intentaron matarme, y en Nueva York mataron a un conocido de Doris. Era también un viejo amigo mío. Spencer Holden. He cruzado el país para hallar la solución y descubrir a los asesinos. Usted sabe mucho. Todo lo que hay que saber.

Saqué la carta que había encontrado en el bolso de Doris.

—Esto lo escribió usted. Advertía a Doris sobre el peligro que la amenazaba.

Se apretó el labio inferior con fuerza.

—Señor Kerrigan, no quiero que me maten.

—No la matarán. Yo la protegeré.

—Usted está huyendo de ellos. ¿Cómo me va a proteger?

—¿Dónde está Grace Tyler?

—Por favor, déjeme en paz.

—¿Dónde está Grace Tyler?

—¡No puedo decírselo!

—No quiere.

Vestía con una falda muy corta, medias negras, los brazos desnudos. Fue a escapar, pero la agarré fuerte.

—Anne, mataron a Doris Burke y la pueden matar a usted. Ellos ya no se pueden detener ante nada. ¿Dónde está Grace Tyler?

—En un manicomio.

—¿Cuál?

—No me pregunte. Ya le he dicho que está en una clínica de

enfermos mentales. ¿No le basta eso? Grace Tyler está loca. Completamente loca.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque la vi.

—¿Cuándo la vio?

—Ella se escapó del manicomio hace cuatro meses. Fue a la pensión de la señorita Sheridan, pero se encontró con un solar. Entonces buscó mi nombre en la guía telefónica y vino a mi apartamento.

—¿Quién había allí?

—Doris Burke y yo.

—¿Qué pasó?

—Doris y yo nos dimos cuenta de que Grace estaba muy mal, que no estaba en su sano juicio.

—Eso quiere decir que ustedes no sabían que Grace estaba en un manicomio.

—No, no lo sabíamos. Y ahora, márchese.

—Un momento. ¿Desde cuándo no tenían noticias de Grace Tyler?

—Desde hace muchos años. ¿Qué importancia tiene eso?

—¿Cuántos años?

—Desde 1962.

—Así que, han estado casi nueve años sin saber nada de Grace Tyler, hasta que ella apareció en su casa escapada de un manicomio.

—Lo entendió muy bien. Casi nueve años. ¡Y ya lo sabe todo!

—Falta algo. Según usted, Grace Tyler, ha vuelto al manicomio. ¿De qué forma volvió?

—La atraparon en mi casa. Ellos dedujeron que estaría allí. Es lógico que lo pensasen. Y ahora, por favor, déjeme que haga mi trabajo.

—Sólo tiene que decirme el nombre de esa clínica de enfermos mentales.

—No.

—¿Qué inconveniente tiene?

—No quiero que la molesten.

—No se preocupe por eso. Ya se ocuparán otros de que yo no la moleste. Conteste, Anne, ¿cuál es el nombre del manicomio?

—Clínica de enfermos mentales Hudson.

—Gracias.

Dio un tirón y se apartó de mí.
Había conseguido lo que quería y también me marché.

* * *

La clínica Hudson para enfermos mentales estaba ubicada en un lugar muy tranquilo, en las afueras de Los Angeles.

Había un gran jardín con flores y árboles.

Había una puerta de hierro y vi por entre los barrotes una cabina, la guarida del portero. Apreté un timbre, junto a la puerta de hierro, y de la cabina salió un hombre alto, y fuerte que se dirigió hacia mí. No tenía ningún arma a la vista.

—¿Qué quiere?

—Vengo a visitar a una enferma.

—¿A quién?

—A Grace Tyler.

—¿Familiar?

—Sí. Soy Alex Kerrigan, su primo.

Se metió en la cabina y vi cómo descolgaba un teléfono. Habló por el tubo.

El guardián me diría que me fuese al diablo o quizá me lo dijese de una forma más fina, rompiéndome la nariz.

Colgó el teléfono. Se acercó otra vez a la reja y dijo:

—Puede pasar.

Abrió el portón.

Pero yo seguí en el mismo sitio.

—He dicho que puede pasar —dijo el guardián—. La recepcionista ya está avisada. Lo espera.

Eché a andar por el camino hacia la casa del fondo, un edificio blanco de cuatro plantas y, mientras me acercaba me hice dos preguntas. La primera de ellas era por qué me habían dejado entrar. La segunda si me dejarían salir.

La recepcionista era una mujer de unos cincuenta años, que parecía una luchadora de catch retirada.

—Buenas tardes, señor Kerrigan.

—Buenas tardes.

—Ha dicho que quiere ver a Grace Tyler.

—Sí.

Pensé en algo que no había tenido en cuenta.

«Muchacho, eres más ingenuo de lo que pareces. Ahora te dirán que Grace Tyler ya no existe. Que se acaba de ahorcar. O quizá se tiró por una ventana esta mañana. Sí, Alex, has hecho un viaje de miles de millas para nada. Te has jugado la piel inútilmente. Grace Tyler está tan muerta como Doris Burke y tu amigo Spencer Holden».

—Verá enseguida a Grace Tyler —dijo la mujer.

—Es usted muy amable —dije.

—He informado al doctor Simpson, que se ocupa de Grace Tyler. Hablará primero con él.

—De acuerdo.

—Es la segunda puerta a la derecha.

Le di las gracias con mi mejor sonrisa y caminé por el pasillo. Llamé en la segunda puerta y me autorizaron la entrada.

Dentro había un hombre con bata blanca, de unos cuarenta años, que llevaba gafas.

La habitación estaba en la semipenumbra y vi dos personas al fondo.

Dos personas que identifiqué enseguida. Eran Clark Malden y Max, el hombre del rostro impasible.

CAPÍTULO XII

Sonreí al comité de recepción.

—Qué sorpresa, señor Malden.

—Es usted insistente, Kerrigan.

—Debo reconocer que lo soy, sobre todo, cuando alguien intenta enviarme al otro mundo.

—No sé de qué me está hablando. Ha querido ver usted a Grace Tyler.

—Sí. Y le pregunté por ella y usted sabía que estaba aquí, pero no me lo dijo.

—En ese momento pensé que no estaba en situación de que usted la viese. ¿Qué podría decirle? Grace Tyler es una enferma mental, señor Kerrigan. Está loca. Y aquí tiene al doctor Simpson para corroborar el diagnóstico.

El doctor Simpson entrelazó los dedos de las manos sobre el estómago, como si fuese a orar, y dijo con voz untuosa:

—Efectivamente, señor Kerrigan. La paciente sufre una dolencia mental muy grave.

—¿Cómo cuánto de grave, doctor Simpson?

—Esquizofrenia en un grado muy avanzado. Siempre rehúyo el uso de términos técnicos cuando hablo con profanos. Ya me han puesto al corriente de que usted no es médico, sino periodista.

—La información es correcta.

—Para que lo entienda, Grace Tyler está completamente loca.

—¿Y a qué se debe su locura?

—Si supusiésemos eso, podríamos sanar a todos los locos.

—¿Cuándo empezó?

—Hace nueve años.

—Estamos en 1971. Así que todo pasó en 1962.

—Exactamente.

—¿Quién internó a Grace Tyler?

—El señor Malden.

Miré a Malden.

—¿Por qué usted?

—Le diré ahora toda la verdad. Quise lanzar al estrellato a Grace Tyler.

—¿Lo que me dijo hoy en su oficina fue falso? Opinó que no se debía lanzar al estrellato a una persona que se pareciese a otra que ya estuviese en la cumbre.

—Eso lo supe después, a consecuencia de mi fracaso con Grace Tyler... Le aseguro que pasé por una experiencia muy dolorosa. No quise hacer víctima de mis ideas a Grace Tyler, y por ello decidí correr con todos los gastos. Llevo nueve años pagando este hospital. Simpson sacudió la cabeza.

—Su generosidad es manifiesta, señor Malden. Ni los propios padres de Grace Tyler se habrían portado con ella como usted.

Malden hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia para mí. Gano dinero con mis representados. Las cosas me fueron bien... Seguiré pagando la estancia de Grace Tyler en esta clínica. Para el caso de que yo muriese, he hecho nuevo testamento, dejando un legado que cubrirá los gastos de la clínica por veinte años.

—Es un gesto maravilloso, señor Malden —dijo el doctor Simpson. Era un torneo entre ellos dos y yo no había pagado por aquel espectáculo. Era sólo un espectador que había entrado gratuitamente en el local.

—Quiero ver a Grace Tyler —dije.

Debí anunciar mis palabras con un toque de cometa o con un repiqueteo de tambor, pero el efecto fue el mismo. Se quedaron tiesos.

El doctor Simpson sonrió con afecto.

—Ya le he dicho...

—Sí, que la señorita Tyler sufre una grave enfermedad. Pero quiero verla.

El doctor Simpson miró a Malden y éste dio un suspiro.

—Señor Kerrigan, me temo que, si usted se marchase de aquí sin ver a Grace Tyler, pensaría que hay algo sucio en todo esto.

—Lo pensaría.

—Doctor, llévelo al cuarto de Grace Tyler.

—¿No viene usted?

—No, yo prefiero esperar aquí. Ya sabe que yo no veo a Grace desde hace muchos años. Resulta muy doloroso para mí. Prefiero

recordarla llena de vida, con su lucidez mental...

—Acompáñeme, por favor —dijo el doctor.

Fui con el doctor y Malden y Max se quedaron en el despacho de Simpson. Subimos en un ascensor hasta la segunda planta.

En un pasillo había un guardián con bata blanca, un tipo forzado.

—Abra la habitación 44.

—Sí, doctor Simpson.

Fuimos detrás del guardián hasta la habitación 44. Sacó un manojó de llaves y abrió la puerta.

El doctor Simpson me invitó con la mano.

—Puede pasar.

Otra vez escuché mi voz interior.

«Muchacho, te la están jugando. Aquí no hay nadie. Tú mismo te has metido en la trampa. Sí, tipo listo, en cuanto entres ahí, te van a cerrar la puerta y no volverás a salir. Tendrás como vivienda para el resto de tus días una habitación acolchada y una pequeña reja por la que podrás mirar un poco de cielo».

Pero entré.

No, la habitación no estaba vacía. Allí había una mujer. Tenía el cabello rubio ceniza, desaseado. Estaba de espaldas a mí, sentada en la cama al estilo moro, y se movía hacia delante y hacia atrás.

El doctor Simpson habló desde la puerta.

—Perdone, señor Kerrigan, pero tengo que ver a otros enfermos. Le dejaré unos momentos a solas con Grace Tyler.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

La puerta se cerró y quedé a solas con la paciente.

Ella parecía no haberse dado cuenta de mi presencia, como si la puerta no se hubiese abierto.

Eché a andar poco a poco y por fin vi su rostro. Seguía pareciéndose a Marilyn Monroe, si Marilyn hubiese vivido diez años más, aunque no llevaba maquillaje.

Me miró con ojos ausentes, sin dejar de moverse hacia delante y hacia atrás.

—Hola, Grace.

No contestó.

—Grace, soy un amigo de Anne.

Tampoco obtuve respuesta.

—¿No recuerda a Anne Morris? Trabajó con usted. Fueron

compañeras en la pensión de la señora Sheridan...

Ella continuó ausente.

—Había otra compañera con ustedes en la pensión, Grace. Se llamaba Doris Burke. ¿Tampoco la recuerda?

No, no la recordaba porque no hizo el menor gesto. Me acerqué más a ella.

—Grace, hay algo que no puede haber olvidado. El concurso... Recuerde aquel día. El día que ganó el primer premio por parecerse a Marilyn Monroe.

Se puso a parpadear.

—Marilyn Monroe —repetí.

Movió la cabeza con un gesto negativo.

—¿Qué quiere decir, Grace? ¿Quizá que no quería parecerse a Marilyn Monroe?

Continuó negando con la cabeza.

—¿Por qué no? Marilyn Monroe era la mujer más admirada, más querida del mundo. ¿No colmaba eso sus aspiraciones?

Ahora ya no se movía.

—¿Por qué no quería ser como Marilyn Monroe, Grace?

Movió los labios pero no dijo nada.

—Marilyn Monroe era Norma Jean.

Hizo un gesto afirmativo.

—Y Norma Jean tuvo la misma niñez que usted. Usted perdió a sus padres, Grace. Norma Jean no tuvo padre. Quiso conocerlo, pero él negó siempre su paternidad y, en cuanto a la madre, Gladys, fue internada en una clínica como ésta.

Pegó un chillido y se echó hacia la pared, como asustada.

—¿Qué le pasa, Grace?

Me miró como un pequeño animal asustado.

—No debe temer nada de mí, Grace.

—Norma Jean —dijo ella.

Sí, dijo el verdadero nombre de Marilyn Monroe.

—Norma Jean —repetió y luego agregó—: Jim.

Jim Dougherty había sido el primer marido de Marilyn Monroe, cuando ella sólo era Norma Jean.

Yo había leído todo lo que se refería a la vida de Marilyn Monroe en sus dos épocas, antes de ser la famosa actriz y después de serlo. Estaba al corriente de muchos detalles. Un periodista amigo mío

había escrito una gran biografía de Marilyn. Yo había estado releendo el libro mientras volaba a Los Angeles, en compañía de Joan Foster.

—¿Jim Dougherty? —dije.

Dejó de mirarme como un pequeño animal asustado.

—Nuestra casa de Van Nuys —dijo.

Era una de las casas que Jim Dougherty y Norma Jean habían ocupado. En ella habían vivido los padres de Jim, pero luego ellos se marcharon a vivir a otra casa y dejaron la suya al joven matrimonio.

Recordé algo importante, algo íntimo que pertenecía a aquel pasado de Norma Jean. Ella quería mucho a los perros, siempre los quiso. El día de su muerte tenía un perro, «Maf», que le había sido regalado por Frank Sinatra. Eso lo podía saber mucha gente. Pero hubo otro perro en la vida de Marilyn Monroe, en la época en que sólo era Norma Jean, un perro que le regaló Jim Dougherty un collie al que le pusieron de nombre «Muggsie».

—Norma —le dije—, he traído el perro que le compró Jim.

—¿Dónde está «Muggsie»? —preguntó, sonriendo con alborozo—. ¿Dónde está?

—No lo dejaron entrar.

—¡Vaya a por él! ¡Quiero ver a «Muggsie»! Haremos un juego. Le encantará. Yo le tiro la zapatilla y él me la devuelve. «Muggsie» es muy listo. Palabra que lo es. Y cuando venga Jim, haremos un juego entre los tres. Entre Jim, «Muggsie» y yo.

Ya no tuve duda. La mujer que estaba en aquella celda no era Grace Tyler. Era Norma Jean, Marilyn Monroe.

CAPÍTULO XIII

Mi descubrimiento me había dejado completamente paralizado. Me di cuenta de que la mujer que estaba conmigo ya había dejado de nombrar a «Muggsie», y ahora estaba otra vez sentada sobre la cama al estilo moro, y moviéndose hacia delante y hacia atrás.

—Norma —la llamé—. Norma Jean.

No me hizo caso.

—Te voy a traer a «Muggsie», Norma.

Tenía otra vez la mirada errabunda, por la pared de enfrente, y se puso a emitir un runruneo como si cantase, pero era un ruido monótono.

La puerta se abrió.

El doctor Simpson entró en la habitación.

—Señor Kerrigan —me dijo—, ¿ha terminado su examen?

No era a él a quien yo tenía que hablar. Detrás del doctor estaba el vigilante, el tipo forzado que sabía arreglárselas con los locos. Su bata abultaba mucho por la parte de la cintura e imaginé que allí tenía una buena porra de goma para tratar a los enfermos difíciles o para enfrentarse con los visitantes fogosos.

—Sí, ya terminé —dije.

Miré a la actriz que diez años atrás era la más famosa del mundo, la hermosa, la rutilante Marilyn Monroe. Allí estaba ella, sentada en la cama, con el pelo color ceniza cayéndole a greñas, cubierta por una bata, moviéndose hacia delante y hacia atrás, mientras entonaba aquella salmodia. Recordé sus números musicales, aquellos números que habían sido la delicia de millones de seres en todo el mundo. Y ahora estaba interpretando el número más cruel de su vida, la canción que nadie escucharía, y hacía unos movimientos que nada tenían que ver con aquellos que la habían hecho célebre, aquel maravilloso contoneo que acompañaba con su sonrisa cautivadora y la mirada de sus ojos, unas veces ingenuos y otras picaros.

—Vamos, señor Kerrigan —me recordó el doctor Simpson.

Cerré los puños y salí de la habitación.

Mientras iba por el pasillo, oí cómo el cancerbero cerraba la puerta.

Allí dentro quedaba la mujer más admirada de toda la historia del cine.

No dije nada mientras viajábamos en el ascensor.

Entramos en el despacho del doctor Simpson.

Malden y su criado Max se habían sentado en un sofá.

Max se levantó al verme, pero Malden continuó sentado. Fumaba un cigarrillo y, a través del humo, fijó sus ojos en mi rostro.

—¿Ya consiguió lo que quería? ¿Vio a Grace Tyler?

—No.

—Doctor, ¿no vio a Grace Tyler?

—Claro que la vio —dijo Simpson, un poco sorprendido.

Di dos pasos hacia Malden.

—No es Grace Tyler. Es Marilyn Monroe.

El borró su sonrisa y enarcó las cejas.

—¿Qué está diciendo, señor Kerrigan?

—No disimule, Malden. Hemos llegado al final de la representación. Esta comedia duró demasiado tiempo. Nueve años. Es la más larga en el mundo del espectáculo, ¿verdad, señor Malden?

Max movió la mano hacia la axila.

Malden le hizo un gesto.

—Estate quieto, Max.

—¡Pero él...!

—¡Cállate!

Malden se levantó también y se acercó a la mesa. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se volvió hacia mí.

—¿Qué va a hacer, señor Kerrigan? Ande, dígalo. Suponga que acepto que es Marilyn Monroe. Es una pobre demente. ¿Y sabe por qué? Porque sufre locura hereditaria. Su abuela Della Monroe, murió loca. Della tuvo dos hijos, Marion Monroe y Gladys Monroe. Marion Monroe murió loco. Quedaba tina hija, Gladys, la madre de Norma Jean o Marilyn, como quiera llamarla. ¡Y Gladys también murió loca!

—Conozco esos antecedentes familiares. Y admito que Marilyn Monroe está loca.

Volvió a sonreír.

—Gracias por admitirlo.

—Pero Grace Tyler no murió loca.

—Fue un accidente... O un suicidio, como dijo la policía.

—Pero aquella mujer, Grace Tyler, estaba ocupando el lugar de Marilyn Monroe en la casa de Marilyn Monroe.

—Oiga, ¿qué importancia tiene eso ahora?

—Mucha, Malden. Tiene mucha importancia, porque lo que usted hizo, cambiar una mujer por otra, ha provocado muchas muertes. La de un amigo mío, que se llamaba Spencer Holden y la de una mujer, Doris Burke.

No dijo nada.

Lo señalé con el dedo.

—Es usted un hombre ambicioso, Malden. Quiso hacer el gran negocio de su vida. En 1962, Marilyn Monroe estaba destrozada por los abusos de sedantes, por sus fracasos sentimentales y, a todo ello, sumó el que la Fox suspendiese la película que estaba rodando en compañía de Dean Martin. Los dos estaban siendo dirigidos por George Cukor... El rodaje se tenía que interrumpir porque Marilyn Monroe faltaba continuamente a los estudios y porque ingería toda clase de comprimidos... Estaba siendo asistida por un psiquiatra. ¿Y qué pasó cuando Marilyn se retiró a su casa, después que la Fox le rescindió el contrato? Que un agente sin escrúpulos fraguó el plan más criminal de toda la historia del cinema. Retiraría de la circulación a Marilyn Monroe, y pondría en su lugar a una doble que se le parecía exactamente, y que había sido educada para realizar ese trabajo, el de la suplantación de la actriz más comercial, la más taquillera. Y, naturalmente, en un momento determinado, ella firmaría con usted un contrato. Ya veo los titulares de los periódicos: «Marilyn Monroe firma un contrato en exclusiva con Clark Malden»... Usted se vio convertido en el dueño de Hollywood. Los millones de dólares acudirían a su caja como regueros de hormiguitas. Bravo, señor Malden, lo hizo muy bien. Tengo que felicitarle por el más cochino, sucio y depravado plan que se le haya ocurrido a un hombre en esta sucia, cochina y depravada industria. Max empezó a mover otra vez la mano hacia la axila. Eligió un mal momento. Yo estaba muy excitado. Le solté un puñetazo con todas mis fuerzas. Lo agarré bien en la mandíbula y voló por encima del sofá y, cuando aterrizó, ya había perdido el conocimiento.

Malden no intentó nada y tampoco lo intentó el doctor Simpson. Estaban quietos.

Malden sacudió la cabeza.

—Usted no ha citado algo que desconoce, Kerrigan. Marilyn Monroe estaba loca. Puede preguntar a todos los que la trataron en sus últimos días, hasta su supuesta muerte. Sólo tenía una idea fija. La de matarse.

Lo había intentado dos veces. La primera cuando todavía era la esposa de Arthur Miller... Marilyn se libró gracias a que Arthur Miller no la dejaba sola en ningún momento. El segundo intento de suicidio fue más tarde, cuando ya Marilyn Monroe y Arthur Miller se habían divorciado. Ocurrió durante un viaje que hizo a México. El agente de Prensa que la acompañaba salvó por segunda vez su vida. Cuando la Fox rompió el contrato con Marilyn, los deseos de ella para suprimirse aumentaron. Ya no había forma de detenerla. Fue internada en dos clínicas. Joe Dimaggio, el que había sido el segundo marido de Marilyn, y que continuaba siendo su amigo, la sacó de la primera clínica, para meterla en la segunda. Y fue dada de alta gracias a las presiones de mucha gente. Pero Marilyn debió continuar en la clínica. ¿Lo entiende, señor Kerrigan? Se iba a matar. ¡Marilyn Monroe se iba a matar! De acuerdo, fragüé un plan, pero con él salvé la vida de Marilyn Monroe. ¡Ahí la tiene viva! ¡Ella no se destruyó!

—Qué tipo más generoso es usted —dije con sarcasmo—. Ella no se mató. Está aquí viva. Pero el fin que usted se proponía no era salvar la vida de Marilyn Monroe. Era sólo un medio para hacer el gran negocio. Grace Tyler ocuparía el lugar de Marilyn. ¡Ése era su fin!

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Yo tenía que sacar algún beneficio por salvar la vida de la actriz que más admiraban los espectadores cinematográficos del mundo!

—No se detenga ahora, señor Malden. Le falló el asunto. Grace Tyler murió y lo hizo cuando estaba suplantando a Marilyn Monroe. Naturalmente, para la policía, para todos, era la mismísima Marilyn... Pero usted sabía que no lo era. La que había muerto era Grace Tyler —hice una pausa—. ¿Por qué la mató?

—Le repito que...

—¡No hace falta que me repita nada! Sé lo que digo. Algo debió fallar.

Max se levantó. Me estaba apuntando con una pistola.

—No dispaes todavía, Max —dijo Malden con voz ronca.

Max estaba echando sangre por la boca e hizo un gesto afirmativo.

Malden movía las manos nerviosamente.

—Bien, Kerrigan. Yo la maté. Yo maté a mi propia creación.

—¿Por qué?

—Grace se quiso echar atrás. La muy estúpida también ingería píldoras. Se metió tanto en el pellejo de Marilyn que quiso empezar por donde ella había terminado. Cuando estaba bajo los efectos de las píldoras, empezó a decir que no lo soportaría. Que iría a la policía, si no la dejábamos libre. Y ella tenía muchos ratos de libertad, en que no podíamos controlarla porque, para todo el mundo, era Marilyn Monroe. Vigilábamos su casa. Sólo eso. Y de pronto, aquella noche, 4 de agosto de 1962, me telefoneó. Dijo que estaba decidida a confesarlo. Que iría inmediatamente a la comisaría. Me presenté en su casa antes de que ella hubiese salido. Estaba como borracha porque había ingerido muchas pastillas de Nembutal. Yo estaba fuera de mí. No pude evitarlo. Aquella mujer me estaba destrozando un negocio de muchos millones de dólares. Me insultó, me escarneció y no pude soportarlo más. Le suministré las otras pastillas, todas las que contenía el tubo. Y luego me marché.

—¿Cómo pudo dejar que muriese?

—¡No era Marilyn Monroe!

—¡Era un ser humano!

—¿Es que no lo entiende? No podía dejar que Grace me acusase ante la policía. Y no se ganaba nada con averiguar la verdad, porque Marilyn Monroe estaba loca. ¡Completamente loca, en esta clínica!

Miró al doctor Simpson, buscando su apoyo y éste dijo:

—Sí, señor Kerrigan, Marilyn Monroe entró aquí demente. Sufría peligrosos ataques que sólo tenían un objeto. Quitarse la vida.

Di un manotazo en el aire, porque eso ya no importaba.

—Su paciente se fugó hace unos meses, doctor, y fue en busca de Anne Morris y dio la casualidad de que Anne estaba en compañía de Doris y, de esa forma, dos personas se enteraron de que Marilyn Monroe no estaba muerta. Pero ustedes estaban actuando muy aprisa y lograron cazar a Marilyn en la casa de Anne. Usted, Malden, pagó a las dos para que no dijese nada, y apuesto a que les metió la idea en la cabeza de que ella era Grace Tyler. ¿Por qué? Al fin y al cabo, Grace Tyler había sido la amiga de Anne y de Doris.

Marilyn Monroe nunca las conoció. Pero aquí, Marilyn Monroe era Grace Tyler, y ustedes la llamaban Grace Tyler, y los guardias la llamaban Grace Tyler... Y por último, en la oficina, en su ficha, constaba que era Grace Tyler, y también constaría el nombre de la amiga de Grace Tyler. Y por eso Marilyn Monroe fue en busca de la única persona de que había oído hablar. De Anne Morris.

Max me seguía apuntando con la pistola, esperando la orden de ejecución de su jefe.

Yo no había terminado.

—Anne estuvo conforme en callar y quizá también lo estuvo Doris. Pero Doris era una alcohólica, y aceptó un contrato para ir a Nueva York. Y Nueva York está muy lejos de California. Y allí estalló la bomba cuando Doris Burke empezó a informar a Spencer Holden, mi amigo, con respecto a que había visto a Marilyn Monroe.

—No hace falta que siga —me interrumpió Malden—. El resto lo sabemos. Mátaalo, Max.

El doctor Simpson exclamó:

—¡Señor Malden, no puedo consentir que lo mate aquí!

Malden pareció sopesar aquellas palabras.

—De acuerdo, doctor. ¡Vámonos, Kerrigan!

Max me hizo una señal con la pistola para que le precediese. Primero salió Malden, luego lo hice yo, y a continuación mi verdugo.

Max se había guardado la pistola en el bolsillo, pero me agarró por el brazo y me apoyó el cañón en el costado.

No pude intentar nada.

Salimos al aparcamiento.

El auto de Malden era grande, un «Cadillac».

—Yo conduciré, Max —dijo Malden—. Tú irás detrás con él.

—Sí, señor.

Max y yo ocupamos el asiento trasero. Malden, al volante, inició el viaje que me conducía a la muerte.

Abandonamos el hospital y echamos a correr por una carretera en la dirección opuesta a Los Angeles, por el Norte.

El mar estaba a la izquierda.

Malden rompió el silencio con una risita.

—Iremos al acantilado de Las Gaviotas, Max.

—Sí, es un buen lugar.

Ahora Max había sacado la pistola del bolsillo y me apuntaba. Malden sacó el coche de la carretera. Estábamos llegando a los acantilados. Desde el borde de la tierra hasta el fondo, debía haber no menos de cien metros, y abajo estaban las rocas caídas por los desmoronamientos y que eran golpeadas por las olas. El coche se fue acercando hacia el borde del acantilado. Salté sobre Max y le agarré por la mano armada. La pistola se disparó. Oímos un quejido de Clark Malden. Max y yo seguíamos forcejeando con la pistola y miramos hacia Malden y lo vimos echado sobre el volante. La bala le había destrozado la cabeza. Y el auto continuaba corriendo hacia el abismo. Quizá el pánico aflojó las energías de Max y le pegué un mandoble en el cuello. Entonces, soltó el arma. El coche crujió. Empezaba a desplomarse por el abismo. Abrí la portezuela y salté. Creí que el salto no había sido suficiente y que ya estaba cayendo en el vacío. Pero golpeé contra la tierra, en el mismo borde, y me agarré a irnos salientes. El «Cadillac» se estaba estrellando a mis pies. Oí el crujido del metal, algo como un zambombazo y luego una explosión. Me levanté y recuperé el resuello. Miré abajo. El coche de Malden había ido a parar al fondo y era pasto de las llamas. Eché a andar, alejándome de allí.

* * *

Entré en la habitación del hotel.

—¡Alex!

Joan se echó en mis brazos. Yo la besé en el cuello y en el cabello. Sin preguntarme, con su natural espontaneidad, dijo:

—Llamé a Nueva York, al Viejo. No hay ninguna acusación contra ti. El carnicero resultó ser Rock Sutton. Estaba alojado en un hotel de Brooklyn. Encontraron en su habitación el arma con qué mató a Spencer Holden y también encontraron bolas de cianuro... El Viejo quiere que vuelvas.

—¿Le contaste por qué estábamos aquí?

—No.

—Buena chica.

—El cree que huías de la policía.

—¿Y por qué creen que Rock Sutton mató a Doris Burke y a Spencer Holden?

—Por celos. Han descubierto que Doris Burke y Rock Sutton tenían relaciones amorosas aquí, en Los Angeles. Doris salió un par de veces con Spencer Holden... Ése fue el motivo de que Rock Sutton los matase.

Sonreí. Todas las piezas iban a encajar. Sólo faltaba poner una en su sitio. Marqué el número de la clínica Hudson y pedí hablar con el doctor Simpson.

—Doctor, soy Alex Kerrigan. Yo nunca estuve ahí para ver a Grace Tyler... Malden y Max pelearon. Probablemente por cuestión de intereses Max le pegó un tiro a Malden y los dos cayeron en un abismo con el coche...

—Sí, señor Kerrigan.

—Cuídela, doctor.

—No se preocupe. Conozco mi profesión.

—¿Existe alguna esperanza de que se recupere?

—No, Kerrigan, ninguna.

—Adiós, doctor.

—Adiós, señor Kerrigan.

Colgué y Joan dijo:

—¿Me quieres contar qué significa esa llamada?

—Sólo se lo puedo contar a una persona.

—¿A quién, Alex?

—A mi esposa.

Ella me sonrió.

—¡Oh, Alex, por fin lo has dicho!

Nos casamos al día siguiente, y nos dispusimos a regresar a Nueva York. Pero, antes de ir al aeropuerto, fuimos al cementerio, y dejamos dos docenas de rosas rojas en la tumba de Marilyn Monroe.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).